

~~XXXXXXXXXX~~

A Manyi, Lunita, Dalia,
mis viejos y mis hijos.

Empezar las 3 primeras líneas
3 espacios más adentro para
poner capital

88

- 1 -

BELLALIA

[...] Niña de indecible hermosura porque sus ojos negros eran dos puntos fulgurantes en la llanura blanca de motas de algodón y su cabellera suave era el anhelo de la brisa que hacía remolinos queriendo arrebatársela para llevarla a recónditos lugares y hacer con ella una fina telaraña donde quedara prendada para siempre la pasión.

H Bellalía, niña silvestre que tenía esa aparente fragilidad de la cañabrava biche, pero que llevaba en las fibras de su ser la fuerza de quien busca llegar al firmamento...

H Bellalía, tarulla inquieta entre las aguas mansas de un jagüey... ¡Bellalía! ¡Bellalía! Que un día, cuando crecía el invierno, se sintió abrasada por la mirada insistente de un joven gavián, mirada apasionada, y se dejó llevar por el fuego del amor que la convirtió en flor... Flor sin segunda intención, porque sencillamente amó.

H Bellalía, que esperaba anhelante a su andariego gavián y se sentía transportada a la felicidad cuando él aparecía hirviendo, cortando cielos bajo el sol; un día murió. La mordió el odio de una serpiente y junto a un caño de aguas musicales, escuchando vagamente los aleteos y los chillidos fieros de su gavián, expiró.

H El gavián venció a la serpiente.

H La apretó con la furia de sus garras y desde muy alto, allá en el cielo, la descargó contra los filos de un peñasco.

H Luego, voló y voló llevando por siempre las garras afiladas y el recuerdo de su amor.

1x982

INDICE

) altas

1151

89

- ~~1~~-BELLALIA (ilustrado)
- ~~2~~-EL CERRO DE PACANDE
- ~~3~~-EL PALPITAR DE UN TAMBOR REBELDE
- ~~4~~-EL MOHAN (ilustrado)
- ~~5~~-EL GUERRERO, LA MAR Y EL SOL (Ilustrado)
- ~~6~~-EL GALLO ROJO (Ilustrado).
- ~~7~~-VIAJE A LA CIUDAD
- ~~8~~-A DONDE VAMOS ?
- ~~9~~-LOS RESTOS DE MI TIO
- ~~10~~-LA GARZA AMOROSA Y ATRAE-PAJAROS (ilustrado)
- ~~11~~-EL TIEMPO QUIETO
- ~~12~~-LUNA DE SANGRE
- ~~13~~-LA MARIPOSA VERANIEGA (Ilustrado)
- ~~14~~-LA ESTRELLA MATUTINA
- ~~15~~-UN RETORNO PROFUNDO (Ilustrado)
- ~~16~~-UN DIA DE SUERTE (Ilustrado)
- ~~17~~-LA NOCHE
- ~~18~~-SALVAJE
- ~~19~~-LA PROMESA DE AMOR
- ~~20~~-UN CORAZON GIGANTE
- ~~21~~-LA TARULLA (Ilustrado)
- ~~22~~-LA NIÑA DE LOS OJOS BLANCOS (Ilustrado)
- ~~23~~-LA MAORI
- ~~24~~-LAS MARIPOSAS ALZARON VUELO
- ~~25~~-EN BUSCA DE LA PIEL
- ~~26~~-LA PIPA DE LA PAZ
- ~~27~~-EL AMOR NO ES UN JUEGO

mayúsc. y min.

TITULO:

LA GARZA AMOROSA Y ATRAE-PAJAROS

AUTOR: Afranio Parra Guzmán.

DEDICADO A:

Manyi, Lunita, Dalia, mis Viejos y mis hijos.

INDICE:

- 1-Bellalía.
- 2-El cerro de Pacandé.
- 3-El palpitar de un corazón rebelde.
- 4-El Mohán
- 5-El guerrero, la mar y el sol
- 6-El gallo rojo
- 7-Viaje a la ciudad
- 8- Adónde vamos?
- 9-Los restos de mi tío.
- 10-La Garza Amorosa y Atrae-pájaros.
- 11-El tiempo quieto.
- 12-Luna de sangre.
- 13-La mariposa veraniega.
- 14-La estrella matutina.
- 15-Un retomo profundo.
- 16-Un día de suerte.
- 17-La noche.
- 18-Salvaje.
- 19-La promesa de amor.
- 19-Un corazón gigante.
- 20-La Tarulla.
- 21-La niña de los ojos blancos.
- 22-La maorí
- 23-En busca de la piel.
- 24-La pipa de la paz.
- 25-El amor no es un juego.
- 26-Las bailarinas.

BELLALIA

... Niña de indecible hermosura porque sus ojos negros eran dos puntos fulgurantes en la llanura blanca de motas de algodón y su cabellera suave era el anhelo de la brisa que hacía remolinos queriendo arrebatársela para llevarla a recónditos lugares y hacer con ella una fina telaraña - donde quedara prendada para siempre la pasión.

Bellalía, niña silvestre que tenía esa aparente fragilidad de la cañabrava biche, pero que llevaba en las fibras de su ser la fuerza de quien busca llegar al firmamento...

Bellalía, tarulla inquieta entre las aguas mansas de un jagüey...
!Bellalía! !Bellalía! Que un día, cuando crecía el invierno, se sintió abrasada por la mirada insistente de un joven gavián, mirada apasionada, y se dejó llevar por el fuego del amor que la convirtió en flor... Flor sin segunda intención, porque sencillamente amó.

Bellalía, que esperaba anhelante a su andariego gavián y se sentía transportada a la felicidad cuando él aparecía hirviente, cortando cielos bajo el sol; un día murió. La mordió el odio de una serpiente y junto a un caño de aguas musicales, escuchando vagamente los aleteos y los chillidos fieros de su gavián, expiró.

El gavián venció a la serpiente.

La apretó con la furia de sus garras y desde muy alto, allá en el cielo, la descargó contra los filos de un peñasco.

Luego, voló y voló llevando por siempre las garras afiladas y el recuerdo de su amor.

EL PALPITAR REBELDE DE UN TAMBOR

No hace muchos años un joven a quien llamaban Colibrí, nativo del País de las Canciones, comenzó a darse cuenta que en su bella tierra las cosas no marchaban bien. Las canciones tenían un acento triste y las gentes le cantaban más al desamor que al amor y hasta los cantares más alegres y rumberos se oían como un lamento. Los cantos a la muerte aumentaban en la medida en que disminuían los cantos a la vida.

Colibrí veía que ya no se podía ni dar serenatas porque en más de una ocasión las guitarras y los triples habían sido asaltados en los caminos por la violencia de los disparos. Veía con angustia que la mayoría de los niños carecían de fuerza para cantar y que a cambio bostezaban mucho de hambre. Los ojos de las niñas que a él le gustaba verlos llenos de viveza, parecían flores marchitas; y cuando un juglar le cantaba a la altivez, la vida y el mañana, los gobernantes lo llevaban a una prisión donde hasta lo torturaban para que les dijera dónde y quién le había enseñado esas canciones.

Por donde quiera que se movía Colibrí encontraba que la situación de las gentes no sólo era desagradable, sino que empeoraba. El corazón, a veces, se le entristecía como un violín abandonado y otras, le palpitaba con la fuerza de un tambor rebelde.

El palpitante del tambor rebelde fué haciéndose más asiduo y Colibrí sintió la necesidad de buscar otros corazones que hubieran el mismo palpitante. Recorrió muchos caminos. Conoció muchas gentes. Anduvo por todas las llanuras y se bañó en muchos ríos. Le rindió culto a la libertad en las más altas montañas. Aprendió el lenguaje de las aves. Voló sostenido en las alas del viento. Donde quiera alegraba aunque fuera por un instante las miradas de flor marchita de las niñas y su tambor no cesaba de despertar corazones que, poco a poco, se unían y se unían a su palpitante. Y fueron una fuerza. Y hoy tienen el empuje de un caudaloso río.

EL CERRO DE PACANDÉ/.

Hijo:

El cerro de Pacandé que busca el cielo allá en el sur del Tolima era un lugar sagrado para nuestros antepasados, los aguerridos Pijaos.

Allí en su cumbre majestuosa le rendían culto a sus dioses naturales: el Sol, la Luna, el Agua y la madre Tierra. Desde esa misma cumbre soñaban con mañanas de bosques frondosos y cielos como el arco iris. Desde allí, los Pijaos contemplaban el plan del Tolima y el suave descenso del río Magdalena. Allí invocaban al jaguar en ceremonias preparatorias para la guerra y entonces, el sonar vigoroso de los tambores golpeaba los flancos de las cordilleras y su eco se perdía en lejanos horizontes.

En el Pacandé, seguro, estuvo La Gaitana, rodeada de pajarillos cantores y guacguacamayas escandalosas, convocando a todas las tribus de la región para que se unieran en lucha contra el conquistador que vanía a despojarlos de la tierra, los frutos, los tesoros, las creencias y la vida.

Desde ese cerro, posiblemente, La Gaitana, empuñando una lanza justiciera, lanzó un grito de guerra que a pesar de los siglos todavía escuchamos:

!El futuro es nuestro!

También tuvo que haber escalado las laderas del Pacandé el cacique Calarcá, quien tan fieramente luchó contra los invasores, hasta dar su última gota de sangre por esa libertad que aún buscamos.

Cuentan los indígenas del sur del Tolima que a veces, en noches de luna virginal y luceros enamorados, en el cerro de Pacandé llueven pececillos de muchos colores y que ésto ocurre también es Semana Santa.

Qué bonito sería que un día de éstos pudiéramos ir los dos a ver tal encanto.

EL MOHÁN

Cuentan los viejos que en las riberas del río Magdalena y en las grutas que forman sus peñascos habita un espíritu custodio del río. Es el Mohán. Personaje de piel india, cabellera larga y ojos refulgentes que miran escrutadores unas veces y nostálgica y soñadoramente otras.

Dicen quienes han logrado verlo que siempre anda descalzo y que en las plantas de los pies tiene un callo curtido por los siglos con el que puede hacerles saltar chispas a las piedras cuando rastrilla los pies en ellas, ya sea por alegría o por rabia.

Cuando lo han visto en la playa, bajo el sol de mediodía, contemplando el lento correr de las aguas o un lejano picacho de la cordillera, generalmente está en posición de curruca y fumando un grueso tabaco. El tabaco es su vicio predilecto y según las gentes del plan del Tolima, con su humo y su olor espanta las serpientes, los mosquitos y otras alimañas. Además, se entretiene haciendo corenitas de humo que se elevan una tras otra hasta las nubes con la misión de preguntarles cuándo va a llover.

El Mohán es poco amigo de los hombres, les tiene desconfianza. Nunca les dirige la palabra y cuando se tropieza con algún boga, un pescador o un cazador, prefiere alejarse despectivamente, sin buscarles bronca ni causarles daño. En cambio se vuelve loco, bailarín de bambucos, guabinas, rajaleñas y torbellinos cuando ve una mujer. Pero él tiene un gusto muy exquisito. Le gustan las muchachas más lindas y dulces que ve en la región. Cuando descubre alguna de ellas, se enamora perdidamente, la sigue, la espera oculto tras algún matojo, canta para ella y por ella y si le es posible, se la roba. Y se la roba no con el fin de causarle daño, sino para amarla, adorarla y dedicarle sus mejores cuidados. Le da el trato delicado que merece una bella flor.

Dicen que las lleva a una cueva secreta iluminada por tunjitos de oro y que allí les ofrenda las piedras más preciosas que saca del fondo del río; y que se pasa noches enteras intentando pescar, con una inmensa red, los luceros que se retratan en el agua, para hacerle con ellos un collar a la niña de su amor.

En las noches, lo han observado los pescadores, a lo largo de los siglos, arrodillado en alguna playa blanca o sobre un peñón, con las manos extendidas al cielo y la mirada implorante, orándole a la luna llena con palabras parecidas al rumor del río, como pidiéndole a la diosa de los cielos un favor. Otras veces lo han hallado rindiéndole culto a su diosa la luna, pero ya no suplicante, sino sonriente y entonces, su oración es una canción de ritmo parecido a esos bam-

bucos lentos que entonan nuestros campesinos en sus serenatas de amor.

De largo tiempo atrás, nadie se atreve a molestarle la vida al Mohán; y quienes osaron matarlo o apresararlo, en épocas pasadas, tuvieron que enfrentarse a la rabia del río, su aliado eterno, que roncaba, gruñía, se ponía turbio y borrascoso y en más de una ocasión se enfureció tanto en defensa del Mohán, que se desbordó arrasando los sembrados de sus márgenes. Cuando algún intruso se acerca a las grutas secretas del Mohán es atacado por un ejército de murciélagos que le disparan balitas de estiércol y que cuando el enemigo es muy fuerte, acuden donde las avispas carniceras y éstas, guerreras como son, lanzan al campo de batalla cientos de batallones.

Relatan los abuelos que el Mohán odia a los hombres que pescan con veneno o dinamita y a aquellos que destruyen los montes y matan los pajaritos. El ama la naturaleza.

Desconfiando tanto de los hombres, sin embargo un remoto día se hizo gran amigo de un viejo curandero, pues este anciano se preocupaba mucho del bien ajeno y al mismo Mohán salvó de dolores estomacales y apuros, dándole a comer por un tiempo prudente, dientes de ajo, cuando una vez lo halló retorciéndose de dolores y defecando goticas de sangre. En otra oportunidad lo encontró pálido, flaco y sin alientos, tendido cuan largo es, en una playita blanca y le levantó el vigor y los ánimos a punta de miel de abejas.

Al Mohán le encanta escuchar, oculto entre los matorrales, los chismes de las lavanderas y parece que cuando ellas comentan cosas muy divertidas o que le sirven para su seguridad, entonces, las premia dejándoles, a la vera del camino, tabacos aromados con miel de abejas, hojas de brevo, albahaca, poleo, yerbabuena y con la esencia de una flor mágica que sólo él conoce. Dizque cuando las lavanderas fuman estos tabacos olvidan las penas y se ponen más parlanchinas que las cotorras.

Aún no te he contado cómo se viste el Mohán. Pues bien, usa una ghinga de piel de tigre y como para burlarse del sol, cuando éste está tan encabritado que es capaz de humillar la vegetación marchitándola, el Mohán usa un sombrero jipi-japa de ala grande.

La leyenda del Mohán tiene su raíz histórica en el hecho de que en la región de Ambalema vivía, a la llegada de los conquistadores, la comunidad indígena de Los Mohanes. Ellos hicieron resistencia al in-

vasor, pero su guerra era desigual y poco a poco, en el correr de los años, los fueron reduciendo a una situación de extremo repliegue. Los sobrevivientes optaron por refugiarse en las laderas de la cordillera Oriental, frente a Ambalema, y en los peñascos y cavernas que hallaban en las riberas del río. Nunca aceptaron rendirse, pues tenían sangre bravía y rebelde.

Los conquistadores y luego quienes los sucedieron, cazaban a los ariscos guerreros como a fieras. Lentamente, los fueron acabando, hasta el punto de que los mohanes se convirtieron en animal raro. Al indio mohán se le comparó, entonces, con un demonio.

Pero no, los indios mohanes no eran demonios. Ellos eran guerreros amantes de su tierra y enemigos de la esclavitud. Por eso, prefirieron desaparecer antes que vivir en servidumbre y hoy, nos queda de ellos, la leyenda del Mohán, ese rebelde.

1.982

EL GUERRERO, LA MAR Y EL SOL

El hombre, peleando en retirada, se alejaba lentamente de la llanura algodonada donde iban quedando, uno a uno, ya sin vida, ya prisioneros, sus compañeros. Su objetivo era llegar a las trincheras que le ofrecían las montañas; mas cuando esto ocurrió vió con desesperación que estaba solo, sin sus guerreros. La sombra del enemigo le estrechaba el cerco. Tratando de serenarse analizó la situación y pensó que en esas circunstancias lo más fácil era enfrentar una muerte loca frente a tantos fusiles que lo buscaban afanosamente.

Contó las balas que le quedaban y eran pocas.

Miró el sol cansado de la tarde y luego, posó con humildad los ojos en el ropaje verde del monte que subía cubriendo las cañadas y los filos de la cordillera. Sólo tenía una posibilidad y era esperar, muy quieto, disfrazado de junco, que llegara la noche para burlar a sus perseguidores.

La noche vino, casi que presurosa, alumbrándose con la media luna y le dió la mano.

El hombre que estaba agotado por la tensión y el desgaste de los combates; el hombre que estaba apesadumbrado por la pérdida de sus hermanos de guerra, se dejó arrastrar loma arriba por las raíces de los árboles y las trenzas de los bejucos; dejó que un manantial besara sus labios y que la palma de corozo le menguara el hambre.

En la mañana se encontró sobre un soberbio pico de la cordillera y desde allí miró con amargura el manto verde de la llanura y en ella vió diseminados, entre cuadros de sangre, a los muchachos que compartieron su sueño de libertad. Se sintió invadido por el espíritu de la derrota y dándole la espalda a la lejana llanura donde tanto olió la pólvora continuó trasmontando la montaña hasta que una tarde, cargado de desolación, llegó a la mar junto con el sol que descendía cansado de su diario trajinar.

El hombre supo que estaba en el límite del final, en el reposo, pues no podía continuar su marcha de derrota y le faltaba valor para regresar. Se dedicó, entonces, a escuchar la canción de las olas, a jugar con caracolas y a contemplar perezosamente, la caída del sol en las tardes.

• Para él era todo un acto ver cómo la mar bañaba el cuerpo desalentado del sol, lo arrullaba, le hacía cosquillas con su transparente cabellera y luego, ya dormido, lo cobijaba con los pliegues de sus olas. El hombre imitaba el juego de la mar y el sol y bailaba entre las olas. Luego se dormía cubierto por las palmas y tendido sobre la cá-

lida arena. Despreocupado dormía hasta tarde. Siempre lo despertaban los rayos fustigantes del sol que lo miraba con enojo desde sus dominios.

Una noche muy fresca, por cierto, el hombre soñó que el sol había decidido convertirlo en cenizas porque veía en él a un ser sin fuerza de voluntad, incapaz de reponerse del cansancio y volver con vigor a los campos donde se agita la vida y se lucha con tesón para crear más vida.

El guerrero vencido despertó temprano, sobresaltado y hasta con temor. Miró hacia el oriente y vio un puntico fulgurante que crecía, crecía y crecía, pujante como un potro salvaje, invadiéndolo todo con su luz rojo-naranja y vistiéndolo el cuerpo dormido de la mar con un manto de espejuelos multicolores. El sol retornaba, con la decisión de un verdadero guerrero, al campo de batalla de donde había venido cansado y herido la tarde anterior, en busca del amor de la mar.

Durante todo el día el hombre no hizo más que pensar en el amanecer. Al día siguiente estuvo de pié antes que el sol. Al tercer día se irguió con los primeros rayos del sol. Miró la mar con ternura y le dio la espalda. Desafió con la mirada las cumbres de la cordillera y caminó en busca de la llanura que un día, derrotado, abandonó.

1.982.

con toda mi alma. Yo hasta trabajaba vendiendo hojas de bijao a los matarifes para comprarle su pedacito de hígado y su media botellita de vino, cuando alcanzaba la plata. Sus espuelas ya eran pequeños tachos tan agudos como los de guadua y su revuelo era como el de las libélulas ¡carajo!

El mandón de todos, el que más gritaba, tomó su fusil, apuntó, disparó y las plumas rojas de "Collarejo" volaron por los aires confundidas con su sangre y mi mirada de dolor y rabia.

Salté detrás de la tarima de la cocina y sin darme cuenta tomé mi escopética y la disparé desde la puerta contra las verijas del mandón.

Volé con alitas de tominejo por la ventana de la cocina y caí al cafetal. Muchos disparos me seguían el rastro, pero yo era cafetal y rodaba por entre las matas hacia el río buscando el charco de la Madredi'agua a allí, decidido a que ella me convirtiera en tunjito, antes que caer en manos de la chulavita; duré no sé cuánto tiempo metido en una cueva, cobijado en la noche por la buena luna, chupando frío y escuchando el canto rondo del río, hasta cuando vino el nuevo día y el hambre larga me obligó a buscar el humo de algún hogar amigo.

Junio de 1.983

VIAJE A LA CIUDAD .

Caminábamos rápido bajo el sol que se negaba a darnos tregua. Yo tenía la boca reseca, seguro mi mamá también, pero ella callaba y marcaba el paso adelante mientras yo, de vez en cuando, escuchaba un madrazo contra las piedras candentes que me hacían arder los pies.

-Cállese, mijito, sea macho y andemos que nos vienen siguiendo los talones ¡Sabe dios qué genta sea!

-Son cuatro y están armados, mamá.

-Sí. Y por el paso que traen tratan de alcanzarnos, pero se van a joder porque a mí no me sale adelante sino el resuello.

Por fin, después de varias horas de camino, sudados, pero contentos de haber dejado atrás a los desconocidos, llegamos a la fonda del río Recio que corre hundido entre descomunales peñascos.

En el primer automóvil que partió nos acomodamos, con destino a la ciudad. Yo nunca había montado en carro y me humilló el mareo. Prefería mil veces más montar en mi caballo Tocolo, galopero y blanco. En medio de la borrachera que me producían las curvas y la velocidad del carro me preguntaba cómo sería la ciudad y el mareo me pasó cuando me acordé de mi papá que había quedado enmontado junto con mis tíos, mi abuelo Rodulfo y otro poco de gente. ¿Los matarán también? No-me decía-Ellos ya saben cómo sacarle el cuerpo a la persecución. Saben que no deben acercarse a las casas ni al pueblo o les ocurrirá lo mismo que a mi abuelo Evaristo y a mis tíos Ovidio y Mirtiliano y ¡Ay! tantos más. Sólo el monte con sus palmitas de tagua, sus cañabravales, sus caracolíes y sus guaduales los salvará. Sólo el cafetal con sus ranchitos de hojas los ocultará. Sólo las ariscas quebradas les calmarán la sed y el vuelo asustadizo de las guacharacas y las torcazas les anunciará el peligro. El ladrillo bravo de los perros les dirá que por ahí anda el enemigo. Menos mal que tienen bastante panela y tabaco... ¡Humm! Y hoy debieron amanecer aterridos de tanto que llovió anoche ¡No importa! Ellos no le tienen miedo a la lluvia que hace reverdecer el cafetal.. Llegamos a la ciudad al anochecer. No me gustaron esas calles rectas, tan diferentes a las sorpresas de los caminos de la cordillera. Había mucha gente, pero estábamos solos, ya que nadie saludaba. El ruido de los carros no tenía ni medio parecido al canto de los pájaros y el pito de un carro no tenía ni medio parecido al relincho gracioso de un caballo.

Pasamos frente a la iglesia y quedé admirado de sus dos torres tan altas que colgaban del cielo. Sonaron las campanas y me llegaron al

-11-

oído como los gritos claros y atractivos de Mirian, mi prima bella, 102

mi primita de las bellísimas y las rosalindas y de nuestros juegos risueños sin que nadie nos viera bajo las matas de Copa de Oro, en los días calurosos. En realidad, por los enredos de nuestra familia, ella venía a ser mi tía, pero me gustaba más sentirla prima.

El hotel donde nos alojamos era todo de madera como nuestra casa en el campo. La comida estuvo muy buena y me mató el hambre que me gruñía en el estómago como un gato malgeniado. En la calle una voz que se alejaba gritaba: ¡Matan uno y nacen diez!

Acompañados por la dueña del hotel, doña Helena, señora gorda, gorda, gorda, de ojos de carbón y muy cariñosa, salimos y caminamos por unas calles muy solas y mal iluminadas y llegamos a una casita recogida en medio de la noche en las afueras de la ciudad. Nos recibió una anciana de largas trenzas blancas, que inmediatamente nos mandó tomar asiento y luego de cruzar unas palabras con doña Helena salió. Al cabo de un rato regresó acompañada de un hombre delgado, mediana estatura, bigote espeso, ruana puesta y sombrero alón.

El hombre nos saludó y sonriente, le preguntó a mi mamá:

-Cómo está la gente?

-Hasta anoche estaban bien..., sólo que Héctor, mi hermano, se les voló a los chulavitas cuando lo llevaban para Santa Isabel y desde entonces, hace cuatro días, no sabemos de él. La otra mala es que mataron a don Salvador, el agregado de don Pacho, mientras revolcaba el café en el secadero de su casa. Y por último, que todo mundo está en el monte, pero no hay munición y a eso me mandaron porque sabemos que Uds, pueden ayudarnos... ¿Verdad?

-Sí. Hemos conseguido buena pólvora y buen parque, aunque estamos escasos de armas.

-¡No importa! Con las escopetas que tenemos levantaremos más armas.

-Bien, entonces, fijemos el sitio para que... ¿Hoy qué día es?

-Lunes-dijo mi mamá mientras doña Helena asentía con la cabeza.

-¡Ah! Será el viernes y el sábado que debem esperar en el lugar convenido. Ud, señora, señaló a mi mamá-debe ir con el emisario. Es Florencio el arriero, hombre de confianza.

-Es muy amigo nuestro.

-Quién llevará la razón para que estén esperando?

-El niño-dijo mi mamá palmoteándome el hombro.

-El niño?

-Sí. Es buen razonero. De tal palo, tal astilla!!

-Dónde será el encuentro?-preguntó el hombre.

-En el monte de La Aurora ;No fallarán!-afirmó mi mamá.

Mediando el martes partí para el campo.

Antes de subirme al automóvil mi mamá me acarició la cabeza y me dijo:

-Mijito, no olvide ni una palabra y no le ponga cuidado a nadie en el camino.

Yo iba estrenando alpargatas con buena piola. A lo arriero. Ya no me marié y a cambio, sentía un ansia tremenda de oler el aroma del rastrojo.

Julio 12-83.

A DONDE VAMOS ?

En un prado se encontraron un hombre, una mujer y una niña. Frente a ellos, o mejor, a su alrededor, había un paisaje que iba desde un sol reverberante hasta un lejano nevado que parecía un anciano; desde unas nubes tornasoladas y sin rumbo hasta una llanura árida y arenosa, salpicada de lagartos; desde unas aves en un rincón del cielo despejado hasta un mar palpitante sobre cuyo vientre un barco de vela ejecuta la danza de lo desconocido; desde un cerro vestido de pinos hasta un árbol seco que brota de un pozo fangoso; desde un niño harapiento metido en un cultivo de girasoles hasta un edificio sin fin en las alturas, atestado de gente. Un ruido ensordecedor de aviones, trenes y sirenas cubría el ambiente.

La mujer tenía aspecto de gitana que era su hija y jugaba un poco alejada con unos caracoles y la niña que era su hija y jugaba un poco alejada con unos caracoles tenía cara de distraída y el cuellito cautivo por un collar de dienteitos blancos.

El hombre que era de esos de escasas afeitadas, vestía desaliñadamente pantalón raído y camisa arrugada. Tenía cara de pocos amigos y daba la impresión de ser un trotamundos.

Cuando se hallaron (frente) frente a frente, la mujer y el hombre, él tenía la mirada perdida como si su mente trabajara en algún recuerdo fijo. Parecía como si la soledad lo apretara del cuello. La mujer estaba inquieta; su expresión era como cuando no se sabe a dónde ir, pero se tiene afán de llegar a alguna parte. Le dirige la palabra al hombre:

Mujer: (en tono suave) Señor, puede indicarme un lugar donde se sienta la vida en calma?

Hombre: (hosc) Lo sabrá la maga, porque yo no sé ni dónde estoy parado.

Mujer: (llamando a la niña); Mary Jota! ;Mary Jota! ;Estamos perdidas! ;Estamos perdidas!

Niña: (se acerca corriendo); Mamalinda! ;Mamalinda! ;Un caracol me habló! ;Un caracol me habló!

Mujer: (con mirada de asombro) ¿Qué? ¿Un caracol te habló? Es la voz del mar, hija...., los caracoles son la voz del mar. ¿Qué te dijo?

Niña: (saltando sonriente); Huchimar! ;Huchimar!

Hombre: (sin dignarse mirar a la niña) Chiquilladas sin juicio.

Mujer: (desafiante ante el hombre e hiriéndole el pecho con las

astas de su pecho) ¡Bárbaro! Ud, no sabe dónde tiene los piés, menos la cabeza.

Hombre: (golpeándose el pecho como un forlano, con la mirada en alto, grita a pleno pulmón) ¡El mundo es una mierda! ¡Las mujeres son mi perdición!

Niña: (encarándolo y sosteniendo un caracol con ambas manos) ¡No grite, imbécil, que no somos sordas!

Mujer: (saciendo a la niña por una mano) ¡Vámonos, niñamía! ¡Vámonos, niñamía!

Niña: (saltando) Si este señor tiene problemas, allá él, mamalinda. Vamos al mar, huchimar. Allá hay vida.

Mujer: (mirando el mar) Bien, hijamía, busquemos la vida.

El hombre, agachado, describía con un palito círculos en la arena. Madre e hija caminaron hacia el mar. Ella con un taconeo como de campanas mientras su falda larga, color lila con flores de varios colores, hacía rizos. La niña llevaba una sonrisa fresca y un trocito de cabra.

El hombre se pone de pié, mira a todos lados, indeciso. Toma aire.

- Va y viene en ninguna dirección.

La niña disminuye el paso, Se queda quieta, pensativa. Voltea a mirar al hombre. Lo llama por señas.

Hombre: (intenta seguir a las huellas de ellas) ¡Qué carajo! ¡No!

Mujer: (disminuye el paso, mira al hombre y le grita) ¡Oye, amigo! ¿Quiere seguir arrastrando su triste sino?

Hombre: (con los ojos muy abiertos, corre) ¡Espérenme! ¡Espérenme!

Julio 17-83

LOS RESTOS DE MI TIO.

Estamos de nuevo en la tierra que nos vió nacer y recogemos los restos de nuestros muertos. Ya hemos recorrido los filos de la cordillera, sus cañadas y caminos y desenterrado muchos parientes, amigos y desconocidos para darles cristiana sepultura en el cementerio sembrado de dalias y palmas y donde descansan seres muy queridos porque son nuestros abuelos, que pasada la guerra de los mil días iniciaron la colonización de esta región, antiguamente selvática, donde reinaba el tigre y corría libremente el venado. Por aquí vivieron los indios y lo prueban las guacas que hemos encontrado. Poco oro, poco oro y sí muchos colmillos de tigre y cuarzos transparentes, mágicos, porque en ellos habita el arco iris; todo guardado en ollitas de barro.

Aquí traemos los restos de mi tío Mirtiliano. Subimos con él por esta loma que respira un calor de todos los diablos y el cortejo es largo. Afortunadamente, nos acompaña mucha gente; esto indica que mi tío no era mal querido en la región y no tenía por qué serlo. El no le hacía mal a nadie y era apreciado como diestro amansador de potros, muletas y potrancas.

Vamos con él para el cementerio a sepultarlo al lado de mis abuelos. Ya el cura no puede prohibirnos guardar nuestros muertos en el lugar sagrado. Ya el cura se fué. Anocheció y no amaneció, igual que tantos aparecidos que hubo por aquí haciendo males ¡Valgame dios! para algo sirvió el golpe de estado de El General. Para algo.

Quien iba a pensar hace un año que hoy estaríamos todos en oración común, no para defendernos en el monte, a escopetazos, de la persecución del gobierno y sus partidarios, sino para escarbar la tierra de cuanta cruz hay en los caminos, en las hondonadas y en los cerros y sacar cráneos perforados por las balas y huesos quebrados por el filo de los machetes y llevarlos a donde deben estar como dios manda. Hace unos meses cuando los hombres tenían la vida colgando de un hilo y la tos ferina se llevó a tantos niños que no había día en el pueblo sin dos o tres entierros y cuántas mujeres de luto ... En ese entonces, no me imaginaba ni por asomo que un día como éste, cargado de sol iríamos a sacar a mi tío de allá abajo del borde pedregoso de la quebrada de Las Peñas y subir con él hasta aquel cerro tan bonito que parece un mirador del cielo hecho exclusivamente para contemplar el Magdalena y el plan.

Me dolió ver el cráneo abaleado de mi tío, sus costillas blancas y sus canillas largas; y recorrí su muerte injusta, mientras mi mamá que fué la que lo enterró envuelto en una sábana blanca dos días después de su asesinato, acariciaba ahora esos huesos queridos, entre sonrisas nerviosas y lágrimas.

Me duele que un amigo lo haya traicionado, porque para mí vale mucho ser amigo. Todo fué un plan. El traidor le ofreció albergue en su finca porque allí no lo buscaría la policía y luego, pringado de celos por los amores de mi tío con Cecilia, la muchacha hermosa que usaba gardenias en el pelo, lo denunció.

Bajó la comisión y el cafetal tronó, tronó y tronó de tantos disparos. El traidor, maldito sea, se quedó sin amigo, sin muchacha y sin tierra, porque jurado está que por aquí no ha de volver ni su espanto. Y si lo hace no lo mataremos a traición. Será a pleno sol y de frente. Ya coronamos la cumbre del cerro.

Hay un viento fuerte y están, florecidos como nunca los arbolitos de siete-cueros. Sus flores moradas les dan un aspecto serio. En el espacio, un águila pinta círculos y nos acercamos al cementerio de tumbas blancas. Truenan en el aire los voladores y corre de mano en mano la botella de aguardiente. A pesar de mi edad, yo también bebo.

Julio 27-83

~~Resistencia, Puerto Rico~~

LA GARZA AMOROSA Y ATRAE!PAJAROS (A Lunita)

La primera vez que la ví sobresaliente entre el arrozal quedé alhelado. Era una tarde de arboles y la brisa peinaba las espigas. Sin parpadear me senté en una piedra y allí permanecí mudo. Me creí un ser insignificante, pues ella no se temblaba la molestia de mirarme y sus ojos estaban puestos en una bandada de pájaros que se acercaba desde la lejanía. Cuando los pájaros volaron sobre nosotros, los saludó risueña. Luego me miró con fijeza y dijo:

-Oye, pequeño espanta-pájaros, qué haces ahí tan enzimismado?

-Yo...yo...estaba...estaba...bueno...me atreví a mirarte porque eres...

-Tú venías a asustarme-me respondió con seriedad y a la vez como compadecida de mi turbación.

-!No! !No! Iba hacia el otro extremo del arrozal a espantar aquellos pajarracos que se divierten quebrando las frágiles espigas del arroz-le dije, en tono humilde.

-Y por qué no corres a cumplir tu misión en lugar de estar sentado en esa piedra con cara de bobarrón?

-Y..Yo...mira...per..perdona, pero..pero es que eres...eres tan...

-Eres tartamudo? !Tar-te-mu-do!-gritó.

-Eres tan bella...!Tan bella!-le dije, suavemente.

-Así tan flaquita como soy me encuentras bella?

-La mano de la naturaleza te pintó con sutiles pinceladas y al estar junto a tí aspiró un aire de pureza.

-!Oh! No, pequeño espanta-pájaros. Yo no soy más que un pequeño ser olvidado en la inmensidad de la pradera-dijo ella, casi con tristeza.

-La llanura te necesita-le dije, agitando mis manos.

-Y yo no puedo vivir fuera de ella. Amo su verdor y su espacio de libertad-me respondió mientras hacía un libre movimiento giratorio.

-!Ay! Vivo triste, muy triste-me quejé-Me obligan a ser tan feo y me dan un oficio tan asqueante...!No tengo amigos! Sólo se acerca a mí el mayordomo y cuando lo hace es para hablarme en términos despectivos !Qué desdicha! Si encuentra una espiga quebrada, soy el culpable y no los pájaros de pico encorvado. Si ve pisadas en el arrozal, soy el culpable y no los cazadores de canarios-le dije, casi con lágrimas en los ojos.

-Lo primero, amigo mío,-me habló ella parándose muy erguida-es que recobres la presencia de ánimo. Veo que no tienes cara de matar una mosca. Ven, acércate y bailemos...lalalala...rararara...riririri...acércate a mí...acércate

a mí...

No atinaba a moverme.No tenía ojos sino para admirarla y el corazón,¡tum-tum-tum-,me latía acelerado.

-¡Ven! ¡Ven!No tengas miedo,espanta-pájaros.Te enseñaré a bailar.

-¡No puedo! ¡No puedo!!Baila tú! ¡Baila tú!- Y sin saber cómo,empecé a bailar y canté haciéndole coro- Lalalala...rararara...riririri...acércate a mí...acércate a mí...

-¡Ay! ¡Espanta-pájaros!!No,tú no eres espanta-pájaros! Eres...,veamos,eres ¡Atrae-pájaros! ¡Qué bonito! ¡Atrae-pájaros! ¡Sí! Y tienes bonita voz.A-puesto a que te sabes alguna canción.Mañana tienes que cantarme alguna canción.

+ Yo,cantarte?

-¡Sí,por Dios!

-¡Estoy feliz!-exclamé,tembloreo- Por primera vez en mi vida estoy feliz.

-Vuelve mañana,Atrae-pájaros,y no olvides la canción.

-¡Aaah! Debo irme ya o...me ganaré tremenda reprimenda por abandonar mis funciones.Debo irme,amiga ¡Volveré y...!

-¡Adios! Mañana habrá una tarde como de sueños-gritó ella agitando sus naves alas para alzar vuelo.

-Hasta mañana! ¡Garza Amorosa!

-?

Con inmensa alegría y con honda tristeza corrí al extremo del campo donde andaban los pájaros de pico encorvado y mirada torva.Habían hecho de las tuyas en el arrozal y ahora,trepados en un añoso guácimo,me miraban bur-lones y ufanos de su hazaña.

-Esa bailarina flacuchenta te perderá-me gritó el más viejo de ellos y to-dos rieron a una:¡Ji-ji-ji-ji-jiii...!

Sin responder a sus burlas y sin preocuparme de los daños que habían hecho, regresé entre la penumbra al cerrito donde acostumbraba permanecer porque desde allí tenía más dominio visual sobre el terreno.La luna esplendorosa me dió su compañía desde la temprana noche y pensaba en la tarde pasada,soña-ba con la tarde siguiente y poco a poco me nacía una canción;

Eres la Garza Amorosa
y yo el gran soñador
que la canta a la más bella
ave de la creación.
En el mundo andaba triste

y hoy me siento feliz
porque conocí una garza
que comprendió mi dolor.

Llegó la nueva tarde y corrí anhelante al lugar de nuestro primer encuentro. Ella no estaba. Sentí desazón y esperé inquieto oteando el horizonte. Descubro un puntico en el cielo. Noto que se acerca y crece y platea con vuelo suave y sin afán.

-¡Es ella! ¡Es ella!-grité mientras le hacía señas con mi raído sombrero tricolor.

Aterrizó con seguridad. Batió las alas que hicieron estremecer las espigas y sonrió.

-¡Garza amorosa!

-¡Atrae-pajáros!

-Te hice la canción!

-La canción? ¡Que emoción!

-...Pero quisiera acompañarla, digo, ponerle música con el dulce violín de un gato.

-¡No, no! ¡Cántala ya!

Canté y canté hasta la ronquera y cuando me silencié, posó su fino pico en mis pálidos labios. Sentí una invasión de ternura. Perdí la visión del mundo. Sentí amor.

La tarde corrió veloz como nunca y cuando la Garza amorosa agitaba las alas para alzar vuelo hacia su nido, me aturdió el rugido de un disparo. La ví sangrante tendida sobre las verdes matas de arroz. Tenía un ala herida. Sus ojos estaban abiertos cuan grandes eran en una expresión de terror y su pico emitía débiles silbidos de dolor.

El mayordomo se acercó amenazante apuntándonos con la escopeta y tomándome por el cuello gritó:

-¡Desgraciado! ¡Hijuetantas! ¡Conque esas tenemos! En lugar de espantar los bichos los atrae. Ahora va a ver lo que le espera. Lo amarrearé para que nunca más abandone sus obligaciones. Y a esta garza coque-tona, hija de la peor madre, la meteré en una jaula de bambú.

Desde entonces, estoy crucificado en este tronco. Ni el fuerte pico del pájaro carpintero ha podido romper mis ataduras. Mi Garza amorosa continúa prisionera en la jaula de bambú, donde le niegan las caricias de la brisa y los besos del sol. La luna cariñosa es la portadora de nuestras palabras de amor. A través de ella veo su →

imagen danzante en el cielo silente y le envió un poema, una canción. No desfallecemos y no cesamos de planear nuestra libertad. No estamos solos, pues muchas aves y animalitos del campo nos brindan su apoyo..

Están doradas las espigas del arroz y el sol aleja el entumecimiento que me ocasiona la tortura de estar aquí colgado como un pobre espanta-pájaros. El viento espanta los mosquitos que a veces se ensañan en mi humanidad. Los pajarracos de pico encorvado y el mayordomo son mis verdugos, y la prisión de mi garza es mi mayor dolor.

Los canarios, las rositas y los mochuelos me alegran con sus trinos. Mi pecho, en ocasiones, se llena de coloridas mariposas y los colibríes me abanicán en los momentos de excesivo calor.

Una tórtola anida en la copa de mi sombrero. Ya pían sus polluelos. Grito con todas mis fuerzas:

-Ay, mi Garza amorosa! ¡Cuándo te veré!

Agosto 2-83

Nota: Este cuento, que necesariamente tiene otros capítulos, nació en la prisión y no fué escrito. Fué pintado en varios cuadros entre diciembre de 1.981 y enero de 1.982.

EL TIEMPO QUIETO.

Si supieras Juana-me dije mientras miraba, bajo un cielo sin inquietudes ni estrellas, cómo se reflejaban las luces temblorosas de la ciudad en la mar calma-que deseo ahora monologar contigo que estás ausente y esto no es raro en mí, ya lo sabes, pues en mis soledades hablo contigo, de esto, de lo otro y de cuanto me viene en mente; y lo que quiero es contarte que se me detuvo el tiempo. Se me quedó quieto. Pero no como un tiempo muerto. Al contrario, era algo muy vivo porque mi mente estaba en permanente movimiento.

Y eso de que se me detuviera el tiempo me dejó pensativo, ya que nunca antes me había ocurrido cosa parecida ni cuando una vez, desolado, llegué hasta la mar después de haber sufrido dos fracasos, uno de amor y otro de guerra, pues entonces, veía salir el sol bravío en las mañanas y lo contemplaba en las tardes cuando descendía y buscaba las cavernas de la mar, así como el hombre busca los ardientes recintos de la amada. Tampoco sufrí la parálisis del tiempo cuando me tenían aislado, sin calendario, en la prisión, porque allí, a pesar de la oscuridad de mis ojos vendados, en cada tortura sentía el lento correr de los minutos; en cada silencio se me alargaban las horas y en cada suspiro contaba los segundos.

Podría creer que cuando anduve embrujado en una selva sin dimensiones calculables, sin puntos cardinales, buscando una revolución que sólo nos conducía, a un grupo de idealistas, al encuentro con la exuberancia de la naturaleza, al rugido de rechazo de las fieras, a silencios interminables, al crujido lastimero de los árboles que a pesar de su corpulencia caían abatidos por los embates de las tempestades y en últimas a la añoranza y a la pregunta: ¿Qué hago yo aquí buscando mover la gente lejos de la gente? Podría decirse que ante esa situación el tiempo no hubiera existido; pero nuestros cuerpos enflaquecidos decían lo contrario; nuestras ropas deshilachadas protestaban, nuestras almas nunca perdieron la esperanza de ver nuevas caras y nuestra mente al fin se dijo que lo correcto era recuperar el tiempo perdido.

En estos días el tiempo se me olvidó y todo debido a una mujer que me parece, tiene algo de brujita. Impresiona. Es una artista de teatro y posee una voz de campañas.

No podía perder una palabra de sus relatos y me recuerda a Isadora Duncan. Su vida ha sido una continua búsqueda en los medios más adversos por la ausencia de lo anhelado.

Ella tiene unos ojos claros que lo suspenden a uno en el aire y le

quitan el parpadeo. Sus ojos pueden ser goticas de rocío. Atrae, atrae de tal manera que con ella no vi el sol, no vi la luna y... sólo ella. Creo que fuimos a cine y nada, pero nada puedo decir de la película. Mi mente andaba en otras dimensiones. No creo que me hubiera idiotizado, pues mi cerebro andaba lúcido y todo lo que ocurrió fué un permanente intercambio de opiniones, un aprendizaje mutuo acerca del arte, la vida, la política...

Le hablé acerca de la lucha y de las sofresas que nos da el combate; le compuse una canción ranchera y ella me prometió "El doktor Faustus" de Tomás Mann. Leyó uno de mis cuentos y me recomendó que siguiera cultivando más la prosa que la poesía, que ya de por sí mi prosa era poética. Me dejó admirar su vuelo de danzarina y me embriagué en sus giros... Danzando sus piés adquirirían alas y toda ella se tornaba en volátil mariposa.

Me llevó de la mano, como a un niño, a caminar entre las gentes de países que para mí sólo erñ un mapa en el hemisferio y vimos en una de nuestras caminatas a Antígona, descalza y decidida, buscando al viejo Edipo, amargado y ciego.

Su mundo es la ciudad con todos sus secretos.

Me contó que en New York los árboles están sobre las azoteas y que lo más aterrador de las ciudades, lo que a veces produce una tristeza casi mortal, es sentirse sin nadie en medio de millones de personas. Según ella, un gran vacío espiritual aplasta a millones de personas en los países de alto desarrollo a consecuencia del automatismo, la robotización, que cada día suplanta más al hombre y exige que menos gente labore y menos gente piense. La sociedad de consumo, con su despilfarro, deshumaniza.

La acompañé a la estación de buses. Viajó.

Quedé solo. Solo pero con ella. Así anduvimos por las amplias avenidas, nos subimos a buses atestados de gente y luego, en mi habitación, con la mar frente a la ventana, hablamos, hablamos y hablamos. Yo me reía de sus aceleres, porque qué mujer tan acelerada. A mi entender, es propensa al desespero.

Frente a mí sus ojos claros parecidos a gotas de rocío que penetran y vencen mi mirada. Su cabellera larga, lacia, negra va y viene en el aire acorde con sus movimientos de cabeza.

Sus palabras me piden sonrisas porque no le gustan las caras ensimismadas, amargas, tristes. Mi cara estaba alelada. Sus preguntas... mil preguntas. Le respondo..., le respondo hasta donde me alcanzan

los conocimientos y de pronto le salta con angustia el temor a las arrugas pero se reconforta diciendo que es la única mujer que no le tiene miedo a los ratones.

Le escuché lo del amor de su vida y lo de "con este hombre sí me caso. Son los ojos más nobles que he visto"

La ví en Amsterdam recogiendo de un basurero una nevera y unos muebles farrados en fino terciopelo. La vi tejiendo, con paciencia amorosa, cuadros que me imagino llenos de casitas blancas, campesinos y cerros; pueblitos de calles estrechas, un campanario, una plaza de mercado colorida. Una india vendedora de collares, con un niño a la espalda. Un anciano con sombrero negro de corta ala, rostro duro, enruanado, sentado detrás de unas múcuras y jarras de arcilla...

La contemplé cuando en un cuartico azul celeste, su color predilecto, acompañada de muñequitos de papel leía no sé cuantos tomos de historia de la filosofía y luego volúmenes y volúmenes sobre el arte y luego, tarde en la noche, la nostalgia de la patria. Para conciliar el sueño, pintaba en el aire, una y otra vez, un corazón rodeado de infinidad de pájaros.

Tendida sobre una alfombra negra que tenía estampados uno, dos, tres, cuatro girasoles; debía haber otro bajo su pecho, porque estaba acostada boca-abajo, otro bajo su vientre, otro besándole el sexo, otro bajo sus rodillas, total, ocho girasoles, escribía un cuento. Me leyó el comienzo de su cuento: "Cuando Paty se propuso ser alguien en la vida se acordó que siendo niña en su hogar burgués le decían: -Ella es como su papá. Una demócrata.

Entonces, se calzó unos tenis acolchonados que hacían juego con su blue-jeans y su camisa a cuadros y se lanzó a andar mundo..."

No pude ampararla cuando ella, aventurera, caminaba sin rumbo por las callejuelas de una ciudad de Marruecos y una banda de sátiros la persiguió. Angustiado vi en sus ojos desorbitados y en sus labios temblorosos la expresión más patética del miedo. A nadie le falta dios y una mujer de ojos trágicos y boca de silencio antiguo le dió abrigo en su humilde hogar, salvándola de sus perseguidores.

"Yo me llamo cumbia..", cantó, y la guitarra que tenía en sus manos vibró. Abandonó la guitarra y corrió hasta un parque de bancas de madera y árboles sin hojas y acarició a su pequeña hija. Unas lágrimas, unas sonrisas, palabras entrecortadas y un silencio de sueños. Abrazadas, madre e hija, se quedaron dormidas. Entretanto, yo miraba cuatro fotos a colores de la niña.

La vi... Una centella, un trueno y volví al tiempo.

Sept. 4 - 82

LUNA DE SANGRE.

La luna se desvistió de nubes e impúdica apareció en el escenario del cielo. En el rancho y frente a la lumbre de la cocina una anciana tuerta, un joven y un perro sostenían un largo silencio roto de cuando en cuando por el ronroneo de un gato.

-Aquí lo único que va a caer es miseria. La luna menstrua desgracias ¡Véala, hijo, cómo está de roja! ¡Que ni la misma sangre! -dijo la anciana asomándose a la ventana de la cocina, mirando agudamente la luna con su ojo bueno y señalándola con ambas manos.

-Pero no es para tanto, vieja, no es para tanto -le respondió Pedro, su nieto, mientras en una mano sostenía su sombrero negro, alón y con la otra se rascaba la cabeza.

-Pues si Ud, no cree en agüeros ¡pior! Yo que he vivido esta vida y la otra... ¡Más sabe el diablo por viejo que por diablo! Ud, está biche, mijo, biche. Poco tiempo ha corrido desde esa noche fatal cuando lo ayudé a salir de las entrañas doloridas de Magola ¡Qué cuer-pito delicado! ¡ay! Pero también cómo sufrió ella... La muerte mansalvera no se compadeció de su juventud. Yo sí había visto en esos días una mariposa negra rondando y rondando la casa. Se lo dije a su taita, lo recuerdo como si fuera hoy: Alguien muy cercano va a morir. El se echó a reír y a mí ni por la mente me pasó que la víctima iba a ser mi nuera ¡Que dios la tenga en buena parte! Mil veces hubiera ido a la sepultura yo que para ese entonces había vivido lo suficiente, pero la muerte es mezquina con unos y luenga con otros.

Pedro se puso de pie, se acercó al fogón y retiró el café que hervía. Sirvió para la anciana y para él. Pensativo miró por la ventana y la luna le mostró su cuerpo de un agresivo color rojo naranja. Pedro se volvió de cara a la abuela y dijo:

-Sí, vieja, verdad que la luna sangra -se quedó en silencio por un momento y continuó- ¡Vieja! A mi mamá la mató esta lejanía. Si hubiera habido un hospital, unas medicinas, un médico... En últimas, la maté yo. ¡No, hijo, no diga eso! Ud, no la mató. Ud, es su continuación. Ud, es ella con la agilidad de una cabra. Ud, es también mi hijo, Absalom, con el vigor de un potro. Pero..., hijo, hijo..., algo malo nos amenaza. Lo huelo en el aire y esta noche la luna. Yo lo sé. Y no es a nosotros meramente, es atoda la región.

-¡Humm! Para decir verdad, abuela, al pueblo llegó refuerzo de la ley. Un cabo y diez policías. Me dan mala espina. Los vi cuando llegaron a

La Tobaida. Venían embarrados hasta el cuello. Para empezar, le pidieron unos aguardientes a Sinforoso y no pagaron; luego, así, sin ton ni son, se fueron montando en las mulas de José. El trató de chistarles y qué va, el cabo lo gritó y lo amenazó. El pobre tuvo--tuvo que ir agachadito a buscarlas al pueblo. Y otra cosa..., en San Fernando la situación anda mal, vieja. Están matando la gente y dicen que hay un policía que tira los recién nacidos pa'rriba y los apara en una bayoneta. No sé si creer, pero eso diceen.

La anciana chupaba tabaco. Le brilló su único ojo; acarició el gato pardo que ronroneaba entre sus piernas y como rebuscando en su fejana memoria, habló:

-¡Pedro! Nuestra familia pudo ser grande, tan grande que hubiéramos copado toditica esta región, ¡toditica! Ellos eran cuatro hermanos. Mi taita era el mayor... Se los tragó la guerra, la Guerra de los Mil Días que cobró tantas vidas. El filo de los machetes cortó sus vidas venas; el polvo ardiente de la llanura chunó su sangre y en los caminos inciertos quedaron las viudas y sus polluelos... Yo era jovencita y todo lo recuerda mi razón que para eso me la dió el creador. Luego vino la lucha de mi madre para levantarnos... Las hambrunas... Las humillaciones... Ya se imaginará Ud, lo que es una mujer con tres hijos yendo de hacienda en hacienda, que ya cocinando pa'trabajadores, que ya recolectando tabaco..., que ya lavando ropas... Buscamos la cordillera porque se hablaba mucho de las bondades del café. El cuento era grande, pues ya unos decían que hacían falta brazos, otros que abundaba la plata y que hasta finca levantaba uno facilito. Ilusionada mi mamá, yo también, trepamos la loma bajo un lapo de sol sin clemencia y al tercer día el menor de mis hermanos murió de insolación. Era que desde tiempo atrás el guambitico estaba paliducho y débil. Moradito como uva madura, lo enterramos bajo unas palmas de vino que crecían sobre la copa de un cerro. Al fin, andando y andando, mi mamá levantó colocación. Ella tenía una idea: Casarme bien. Con el tiempo lo logró y ahí sí, agotada, dejó que se le fuera la vida entre tos, sangre, tos, sangre, tos... Mi otro hermano, ya volantoncito, se volvió guaquero y se esfumó para nunca más.

La anciana calló por un momento. Se tomó la cabeza entre ambas manos, se acomodó en su banco y suspiró largo. Pedro que en cuclillas la escuchaba mientras acariciaba a Azabache, su perro negro, le inquirió:

-¡Vieja! ¡Abuela! ¡Qué más!

-¡Ay, mijito! ¡Nicasio! ¡Nicasio! ¡Qué buen marido! Estremecía todas las fibras de mi ser. Era un hombre de trabajo. Llegamos a esta región con una mano adelante, otra atrás y cuatro hijos. Por aquellos días asesinaron al general Uribe que era su líder y el mío también. Pienso que Nicasio se metió a la selva, porque ésto era selva, por purita pena. Purito aburrimiento porque no es poca cosa que le acribillen a uno el jefe. A mí, con Gaitán, ya me han asesinado dos; Deme café, mijito, deme café! La selva virgen tiene su encanto. Es como el amor que devora y se goza y se sufre. En el fondo, si la entendemos se nos entrega con placer. Ella es como nosotras las mujeres. El esfuerzo del hombre, el filo del hacha, la escopeta y el cariño de la mujer vencieron. La yuca se enamoró de esta tierra. El pasto yaraguá se aferró como tenaza y el café pegó como un parche. El maiz brotó pródigo y el plátano y la caña crecieron. Fuimos pariendo nuestros hijos... Yo, como ya sabe, le dí a mi Nicasio diez. De cuatro familias

que llegamos por aquí al principio buscando un mejor vivir, al cabo del tiempo, resultó lo que Ud, ya conoce...; Mesopotamia!; Poblada y cultivada! Ahora me asalta un miedo. Me punza un temor. Temo no por mí sino por los que no han vivido lo suficiente. Esa luna sangrienta igual a la que vi cuando nos cayó la guerra como un rayo del diablo. Y lo peor de todo, sin saber por qué. Aunque pasando el tiempo me dí cuenta que el general Uribe tenía sus razones. La tierra ya me dió toda su savia. Yo le debo mis huesos. Pero Ud, mijito, es un pichón.

-¡Me cuidaré, vieja, me cuidaré!-le respondió Pedro. Estaba alterado y empuñando las manos habló casi a gritos:

-¡Abuela!; Tengo novia, Chelita y la amo! Se me deshace el corazón como entre el fuego. Quiero un cafetal florido y mis hijos saltando alegres en el patio, rodeados de flores de todos los colores...; Aaah! pero si hasta aquí se extiende el humo de la violencia la esperaré como un toro que defiende su vacada. Mi taita, días antes de morir bajo el peso de ese nogal descomunal, me dijo: "Pedro, trabaje, sea honrado y no se humille nunca. Haga un hogar bonito y deme bastantes nietos. La tierra es generosa y da pa'todos." Vieja, si la hoguera que está quemando ranchos en San Fernando y otros lugares nos amenaza, la llevaré a Ud, al pueblo, donde Chelita y yo..., yo me haré tigre entre los montes; duende en el río y gabilán en el aire. Los muchachos de esta tierra no nos vamos a dejar capar dormidos.

Se oyó el grito lastimero de una lechuza. El fogón, sin llama, echaba humo y la luna que ocultaba medio cuerpo tras un cerro tenía la piel pintada de amarillo violento. Unas nubes espesas y oscuras le tendían un cerco.

-La luna de sangre y la lechuza quejumbrosa...;-dijo la abuela entristecida y agregó: ¡No! No iré al pueblo...¡Pa'lo que hay que ver con un ojo basta!-Sonrió y dejó ver sus encías desdentadas.

Pedro que estaba de pie, tenso, gritó:

-¡A la mierda las lechuzas! ¡Vieja! ¡Abuela! ¡Amo la luna de plata!
¡Amo la luna de plata!

Septiembre 10-83

LA MARIPOSA VERANIEGA.

A una playa donde abundaban las flores llegó una mariposa veraniega, inquieta como no ha habido otra y de alas grandes y muy coloridas. Junto a la playa había un remanso que era el sitio preferido para divertirse por los niños, los patos, los conejos y los venados. Desafortunadamente, al lugar llegó un ejército de avispa y se acantonó en el tronco de un viejo yarumo. Todo cambió, pues las intrusas comenzaron a hacerle la vida imposible a los visitantes del remanso y a cuanto ser viviente se cruzaba por esta zona que antes parecía idílica.

La mariposa veraniega observaba la situación y de ninguna manera la veía justa. Pensaba que las avispa tenían derecho a vivir en el lugar; pero a lo que no tenían derecho era a estar aguijoneándoles las nalgas a los niños, las orejas a los conejos y el hocico a los venados. Ella misma, un día se vió en gran peligro y pudo salvarse gracias a su agilidad para volar y a sus acrobacias.

Parada sobre una piedra, abanicando suavemente las alas, la mariposa craneó y craneó cómo enfrentar con éxito a las avispa que, definitivamente, perturbaban la paz del remanso.

Pasaba por el lugar la araña y la mariposa la llamó:

-Amiga araña! ¡Amiga araña!

-¡Hum! Por aquí buscando vida.

-Arañita, qué me aconseja Ud, para derrotar a las avispa?

-¡Huu, humm! Mariposa, atraer..., atraer a mi telaraña... ¡humm!-le respondió la araña y prosiguió su camino.

La mariposa voló por los peñones observando y al fin localizó la telaraña. La araña le sonrió desde su cueva.

-Ya vuelvo y detrás de mí las avispa-le gritó la mariposa y emprendió vuelo en busca del nido de las avispa. Una vez que estuvo cerca de sus enemigas las retó:

-¡Salgan, salgan! ¡Pecuecudas! ¡Pandilleras!

Las avispa, ni cortas ni perezosas, ¡zummm.zummm!, salieron a montón en persecución de la atrevida mariposa, que ya volaba como una bala en dirección a la telaraña. Cuando estuvo muy cerca a la trampa, en una increíble acrobacia saltó sobre ella y las avispa que no se habían percatado de la celada cayeron por centenares en la pegajosa tela. No les esperaba una gran suerte en manos de la araña. Mas no sucumbieron todas. Gran parte del grueso de su ejército y la retaguardia completas salieron ilesos.

La mariposa, sabiendo cuán vengativas son las avispas, buscó refugio entre las flores donde era una flor más. Discutía y discutía con sus amigas cómo ganar la pelea en que estaban metidas y de pronto una flor propuso:

-Hermanas, creo que la manera de ganar esta pelea es metiéndonos nosotras con todo..., pero con todo...

-Pero...! ¿Cómo? ¡Explíquese!-le dijo una de las flores.

-Nuestro polen es un arma poderosa; así como puede reproducir las flores, también puede destruir a quien nos cause daño. El polen es capaz de cegar a las avispas, de asfixiarlas y hasta de inmovilizarlas...; Probemos!

-¡Probemos!-respondieron todas.

-"La suerte está echada"-dijo la mariposa y añadió-Yo las atraeré y Uds, hermanitas, las recibirán con una nube de polen.

La mariposa salió en busca de las avispas. Una vez cerca al nido las retó y nada que salían. Las insultó y nada que salían. Estaban desconfiadas. Temían una celada. La mariposa, llena de osadía, voló sobre el avispero y se le metió encima. Ni para qué más, que ahí sí se sintieron heridas en su orgullo y el zumbido de una nube de avispas, aguijón en ristre, la persiguió.

La mariposa que tenía su plan bien trazado y cronometrado se enrumbó veloz hasta donde estaban las flores preparadas en orden de batalla y éstas, cuando las avispas pasaban sobre ellas, se sacudían, se sacudían y se sacudían con fuerza. El polen inundó el aire y las avispas lo sentían en sus ojos y en sus órganos respiratorios; y como hay un polen que es mieloso se les pegaba a las alas impidiéndoles moverlas.

La batalla fué un desastre total para las avispas. Las sobrevivientes huyeron con rumbo desconocido.

Los niños, los patos, los conejos y los venados volvieron al remanso. Los pájaros cantaron nuevamente y aparecieron, sonrientes, las ardillas. La mariposa veraniega, cientos de mariposas, muchas abejas y el viento, trabajaron duro trayendo polen de otras zonas para que las flores del remanso se poblaran y fué tanta la abundancia que las nuevas flores tuvieron más colores, más matices y aumentó el jardín. Todo era radiante.

Octubre 3-83.

LA ESTRELLA MATUTINA

Todavía no amanece y es la estrella matutina, la que solita en el espacio me habla de mis recuerdos. Parece que en su faz encuentro retratados a los seres que amo y que están tan lejos.

Los muchachos duermen sin sobresaltos, pues estos días han sido calmos. No han venido los helicópteros a desparpajar las bandadas de guacamayas y torcazas y como a querer decirnos con su ruido y su esqueleto de zancudo gigante que nos ve chiquiticos y que somos una nada, unos pobres desarrapados que andamos como gitanos sin carretas rompiendo monte y soñando con un poder que tiene un poderoso dueño.

¡Y qué! Nos les escondemos por táctica, mas no porque nos haga ablandar el cagajón su presencia. Ya saben que no pueden puchar-
senos mucho porque les llueve de abajo pa'riba la bala y ahí está como prueba el que tumbó en la quebrada de Las Perlas el viejo Víctor.

Me gusta prestar guardia de tres a cinco de la mañana, pero no siempre. Prefiero esas madrugadas en que el cielo está despejado, así como ahora, y cuando la estrella matutina me mira y me habla de la gente que dejé lejos desde hace tiempo. Ella me dice que Ojos de Cielo ^{ESTA BIEN} y que si regreso a la llanura la encontraré esperándome y dispuesta a acompañarme en llas buenas y en las malas y en las aventuras que nos traen los senderos ¡Ojos de Cielo!

La estrella matutina está vibrante, como las muchachas cuando bailan afiebradas. Ya le falta poco para irse a dormir. Entretanto, me dice que mi mamá no hay tarde que no ponga una mirada esperanzada en el camino que baja como una culebrita desde el cerro, porque está segura que el día menos pensado me va a ver bajar corriendo y llamando a Linda y Azabache, mis perros.

La estrella matutina tiene parpadeos de sueño y me cuenta que la escuela pública de mi pueblo continúa ocupada por el ejército, mientras los niños siguen estudiando, en condiciones muy estrechas, donde antes funcionaba el cuartel de la policía. Me dice también que mi viejo no ha perdido los bríos ni los afanes y que ahora está asaltando cuanto pedacito de tierra le queda libre en la finca y sembrándole cacao ¡Qué hermosa planta es el cacao! Escucho un disparo lejano y la estrella matutina quiere meterse

tras las figuras fantasmagóricas que forman los árboles en la noche. Me rodean millones de fantasmas. Por aquí crecen y no de cualquier manera, millones de árboles. Pienso que el disparo lo produjo un trampero y a lo mejor ya debe ir el campesino por entre el rastrijo a ver qué cayó, si una boruga o un guatín. Ojalá sea una buena presa y hoy pueda alimentar bien a sus hijos.

La estrella está a punto de dormirse y me da lástima que se vaya, pero está en su derecho y antes de ocultarse en su lecho me recuerda que cuando yo era niño creía que ella era María Magdalena, que por ser tan bella, dios la había convertido en la pastora nocturna de los cielos.

Se fué, Se fué. Ya duerme envuelta en un manto azul que poco a poco se llena de arandelas de colores. Entre los árboles gigantescos se alborotan las guacharacas y los monos. Me llega a los oídos el concierto de mil pájaros.

El día amenaza y es la hora peligrosa, la de los asaltos.

Llamo a los muchachos: ¡De pié! ¡De pié! ¡Carajo!

Hay que estar con el ojo vivo, porque cuando uno menos piensa lo levantan a plomo ¡De pié, muchachos!

Octubre 17-83

UN PETORNO PROFUNDO

Regresó al terruño después de largos años de real ausencia y digo real ausencia porque él vivía ausente en sueños de donde quiera que se encontrara. No tenía muy en claro qué iba a hacer en lo sucesivo, aunque la idea de quedarse por un tiempo junto a los viejos cultivando cacao y criando gallos de pelea, le martillaba en la mente. Pero por otra parte estaban los muchachos metidos allá en la lejana selva y le dolía abandonarlos, serles desleal. Sabía de seguro que ellos lo esperaban para seguir compartiendo combates, marchas, una ración, un pedazo de panela, un cigarrillo, el cansancio, una pena, una alegría y ese sueño de libertad que lleva a los humanos a realizar empresas descomunales y en más de una ocasión descabelladas.

Se dió cuenta que el camino por el que descendía con pasos alados y que tantas veces recorrió en la infancia ^{no tenía} ni la amplitud ni la limpieza de antes. Había desaparecido el azafrán de sus barrancos amarillos y a cambio, abundaba el pasto india, cortante. Cuando llegó a la cabecera de la finca sonrió y aspiró profundamente el aire. En un instante y con un paso más pisaría de nuevo un pedacito de la tierra que lo vio nacer. Le llamó la atención que la puerta de golpe estuviera torcida y al abrirla y cerrarla chirrió reumática. Se sentó pensativo en el gramalito que había enseguida de la puerta y contempló el cafetal enyerbado y ruinoso. Vió con pesar que los palos de cacao, diseminados en el cafetal, estaban llenos de pajariño, esa maleza que pegada a las ramas de los arbolitos les chupa el vigor, así como la sanguijuela nos chupa la sangre.

-Está caída la finca-murmuló-Raro porque papá mantenía ésto al pelo. Se puso de pié, se terció la tula en la que traía un pantalón, una camisa, dos calzoncillos, dos pares de medias, cepillo de dientes, un libro de Hemingway y dos colmillos de tigre, y continuó descendiendo a saltos. Desde un altico divisó la casa y su mente recorrió ágil todos sus rincones. No vió a nadie en el corredor ni en el patio, pero de la cocina emergía humo y eso le alegró el alma. Le pareció distinguir que en el centro del patio aún crecían los girasoles y se dijo: Esas matas son inmortales.

Su mente voló inesperadamente al río Saldaña y tuvo la imagen de la india Elvia. Pensó que ella era una pionera de la lucha y la mujer más abnegada que conocía, y que no podría fallarle en la palabra, porque ella lo esperaría sagradamente en el sitio convenido para ponerlo en contacto con los muchachos. Era palabra empeñada de parte y parte.

Su mirada que se había perdido por un momento en el espacio se clavó de nuevo en la casa de paredes blancas. Quiso gritar, pero se contuvo, pues los años que llevaba jugando con el peligro le habían enseñado a no hacer ruido cuando se acercaba a una vivienda. Notó que el palo de mango de la parte posterior de la casa ya no existía y recordó que debajo del entablado piso de madera de la casa, justo frente a la cepa del mango había enterrado, hacía coca de quince años, un frasco donde guardaba un cuarzo y una medalla de plata que representaba a la media luna.

Caminando con pasos de gato llegó hasta el patio y entró a la cocina, donde atizando el fogón, estaba La Viejita. Su cabello era blanco, blando. El abrazo no tuvo palabras. Pasados los instantes de la sorpresa ella al fin habló:

-¡Mijito! ¡Mi negro! ¡Mi Ohmar! ¿Pero sí es de carnita y hueso?

-El Viejo? ¿Dónde está el Viejo?-le inquirió Ohmar.

-En el cafetal, mijito, en el cafetal. El no descansa ¡Ay, dios mío!

-Y la demás gente?

-Todos se han ido yendo ¡Todos-respondió la anciana haciendo ademanes de tristeza-La única que ha resistido toda tentación es Manyi. Ella sí nos acompaña como un ángel de la guarda. Pero está como un hilito de lo mero flaquita. No come. Se la pasa fume que fume, fume que fume.

-Y dónde está?

-Salió ayer para el pueblo a arreglar lo de los impuestos y las deudas ¡Tanto papeleo!

Salieron al corredor y Ohmar recorrió lentamente, con la mirada, los alrededores de la casa. En el patio picoteaban unas cuantas gallinas y una pareja de palomos.

-El jardín está triste, mamá. Sólo los girasoles ríen.

-Por aquí todo ha perdido el brillo, mijo. No quedamos más que unos fantasmas envueltos en la soledad.

-Unos fantasmas..., yo..., yo..., no puedo parar, Viejita. Vivo para caminar. Es una voz que me llama a veces como un lamento y a veces como si fuera un imperioso grito de guerra.

La anciana salió al centro del patio, se paró junto a los girasoles y embocinando la boca con ambas manos, gritó:

-¡Viejooo! ¡Viejooo! ¡Llegó el Neeegrooo!

-Húpale! ¿Qué?

-Llegó el Neeegrooo!

-El Negrooo? ¡Ni me joda, mija! ¡Pero si él murioó!

-Aquí estááá! ¡En carne y huesooo!-gritó la anciana mientras posaba los ojos en Ohmar, que le pareció transparente. Se acercó a él y con delicada indecisión le acarició la cara y las manos.-Ya estoy viendo telarañas-dijo-Lo ví igualito a un cristal de cuarzo, mijo, mi mirada lo traspasó de lado a lado. Son los años..., los años... Seguido de un perro negro y otro barcino, el Viejo apareció en el patio. Su indumentaria era la de siempre: sombrero de paja metido hasta las orejas; camisa manchada; pantalón remendado en las rodillas; botas de cuero, gastadas. En la boca desdentada un tabaco. Al hombro traía un canasto lleno de colinos de plátano y al cinto, un machete. Con respiración difícil exclamó:

-¡Mijo, por dios! ¡Esta sí es una suerte!

Ohmar lo recibió en los brazos y sólo atinó a decir:

-¡Viejo! ¡Viejo!

-Nosotros ya lo hacíamos muerto. Lo soñamos la Vieja y yo la misma noche hace como tres años. Después, alguien nos trajo un rumor de mal agüero.

-No, Viejo. Uno sólo muere cuando se aposenta como las aguas fangosas y cuando se le quiebran las alas de los sueños-le dijo Ohmar, como al oído y estrechándolo nuevamente entre sus brazos.

-Y de dónde lo traen los caminos, mijo?

-Vengo de donde he estado vivo todos estos años. Vengo de las cálidas arenas de la Guajira. Vengo del río Guasare en el Zulia. Vengo del sur del Tolima y de la Motilonia. Vengo del Caquetá y del monte más alto. Vengo de la mar lejana... Vengo de aprender del indio y de estrechar la mano del colono. Vengo de escuchar el canto de mil aves. Vengo pisándole los talones a mis sueños... Vengo de aquí mismo. Y vengo..., vengo de donde no he llegado aún.

-¡Hum! Qué ideas se le meten en el seso a este muchacho-dijo el Viejo meneando la cabeza y agregó-Por aquí, con ganas de trabajar, pero no hay con quien... Todo mundo se ha ido como el humo, ¡como el mismo humo! Unos en la ciudad, otros en el servicio militar, otros en las guerrillas, otros en la cárcel..., otros muertos... Hacen falta brazos fuertes. A nosotros ya nos faltan alientos.

La anciana salió de la cocina con dos tazas de café caliente e intervino en la conversación:

-Ya no hay muchachas que alegren las casas. Ya no hay turpiales en la platanera. Ya no hay chamacós, tampoco hay serenatas... Esto es como una tumba bajo un rosal marchito ¡Válgame dios! Cuando llega la cosecha se pierden las pepitas de café. Se caen por falta de ma-

nos cariñosas. Para completar, el precio de las pepas cae y cae y lo demás sube y sube.

-Menos mal que a nosotros ya se nos agotó el hilacho de vida-dijo el Viejo, y con una sonrisa de desilusión entonó un aparte de una canción:

- "Soy el fantasma de mi pasado

Soy de las almas que olvida dios..."

-Vaya y recorra las fincas vecinas por gusto, mijo-dijo la anciana- ¡Convéznase! Es como si nos hubiera caído una maldición. ¡Qué estaremos pagando!

Ohmar, cabizbajo, se retiró del patio y se dirigió al cuarto de los ancianos. Miró el cubrelecho que cubría la cama doble y admiró la armonía de los colores y la perfección de las puntadas. Pensó que que era hijo de una artista y llamó a la anciana:

- ¡Mamá! ¡Mamá! La lana manejada por sus manos se hace arte. Vea ese pájaro que Ud, tejió en el cubrelecho, parece que vuela de verdad y a esas flores-dijo aspirando profundamente el aire-les siento el aroma.

-Eso lo traigo en la sangre, mijito como un regalo del campo. Ratico que me queda libre, es ratico para tejer y matar el aburrimiento. El jardín, el tejido y las gallinitas son mi distracción ¡ja-ja-ja!

Ohmar se recostó en la cama y observó que sobre la mesita de noche había un libro: Las mil y una noches. Intentó hojearlo, pero no tenía mente para ello. Entró el Viejo y Ohmar, señalándole el libro, le preguntó:

-Papá, ya lo leyó?

-Déjemelo ahí, mijo, es un recuerdo.

-Sí, lo sé. Se lo regaló una de sus ahijadas hace un montón de años. O fué Julieta? ¿Qué es de ella?

-Lo sabrá dios. Hace tiempo nos dijeron que la tenían presa ¡Pobrecita la muchachita!

-Presa? ¿Por qué?

-Luego no sabe que en este país lo que se roban los ricos lo pagan los pobres?-dijo el Viejo con voz fuerte y salió. Los perros, que no le perdían un paso, se le metían juguetones entre las piernas.

En las horas de la tarde Ohmar fué a la quebrada de las flores rosadas y revivió sus infantiles cacerías de cangrejos en compañía de Manyi, la hermanita que a pesar de tener un cuerpo frágil, poseía unos arranques varoniles y una rebeldía poco común. Subió hasta el salto de la toma de agua y se recostó contra la peña, dejando que

el agua fría que caía como una cabellera lo empapara por un tiempo indefinido; y como en un sueño recordó a Isabel, la mulata de bahía Solano, que le brindó pasión y ternura cuando en un momento aciago de la vida se encontró abatido por la soledad a la orilla del mar. Trepó, asiéndose de raíces y bejucos por barrancos y peñascos, retratando con la mirada cada piedra, cada cueva, cada senda, cada flor, cada insecto, cada pajarito que trinaba en el monte y aspirando con cariño el aire aromado por las esencias del rastrojo.

Atravesó la finca por la parte alta, acariciando las viejas matas de café arábigo, las hojas como sombrillas del bore, los colinos de guineo y plátano y buscó el árbol de pionías. Lo halló seco, pero en recompensa un gavilán bajó del cielo y se posó orgulloso y alerta en la rama más alta del árbol, sucedió que Ohmar tomó por buen augurio. Muy rectos, a su alrededor, se elevaban los nogales, como queriendo enredar sus flores blancas en las nubes. Cuando el gavilán alzó vuelo, lo contempló hasta que planeó a lo lejos. Continuó su camino por entre el cafetal y penetró en un monte donde volvió a ver, después de muchos años y como si fuera la primera vez, el peñón de los cuarzos, iridiscente, frente a los rayos del sol que se filtraban por entre las copas de los árboles. Rememoró que el día en que descubrió ese peñón, siendo niño, era de violencia y lluvia; y que mirando por un largo rato el arco iris a través de la transparencia de los cuarzos, olvidó el temor y la preocupación que le ocasionaban tantas muertes, entre ellas, la del tío Ovidio, a quien los azules le cortaron la cabeza y lo tiraron para siempre al río, porque era rojo, gaitanista.

A partir del día en que descubrió la roca tachonada de cristales, el lugar siguió siendo para él un santuario, un sitio secreto donde su imaginación se desbordaba en fantasía. Allí soñaba con un pajarillo multicolor y mágico, musical como no puede existir otro, al que bautizó con su propio nombre y del que escuchaba cuentos como el de Los luceros inquietos, condenados por el Universo a temblar de frío por un tiempo indefinido, porque una vez, disgustados con el ardiente sol que los hacía sudar, quisieron cortarles las barbas. O el de Las nubes que decía el pajarillo con voz sonora: Erase una vez que el sol andaba sin compañera porque la luna lo abandonó, dolorida y celosa, pues lo encontró tratando de seducir a la bella Venus, quien no aceptó, de ninguna manera sus requiebros.

El, herido en su amor propio y furioso, decidió asaltar a la primera hembra que encontrara en su camino y saciar así sus apetitos. Le gritó como un trueno en los cielos y todas las hembras, incluyendo a más de una que lo deseaba, se le escondieron temerosas. El sol viajó todo el día con la mirada lujuriosa, las manos alargadas dispuestas a capturar la presa y el miembro viril listo, como lanza en ristre y no encontró una hembra ni bonita ni fea. Lo sacaba del quicio la rabia. Ya le entraba la desesperanza de la noche cuando divisó que la mar, serena y desprevenida, se peinaba su cabellera de olas. Se le enrojecieron los ojos, se le crecieron las venas y con una fuerza incontenible saltó sobre la virgen indefensa. De esa unión pecaminosa nacieron las nubes. Por eso es que ellas surgen de las aguas, y se elevan, pero cuando el sol se les acerca se evaporan. El quiere acariciarlas y ellas, esquivas y en castigo a su violencia, se le van, se le van, se le van y vuelven a las aguas, vuelven a la mar.

Ohmar recordó que una tarde de brisa, después que el pajarillo Ohmar le relató un capítulo de la verdadera historia del País de las Canciones, tuvo la maravillosa visión de una mujer de ojos y cabellos negros, resplandeciente como la luna llena y delicada como una mariposa. Ella ondulaba en el aire mientras él parpadeaba incrédulo, sin saber qué hacer. ~~ni qué hacer~~ Cuando repuesto un poco del desconcierto, intentó acercársele y alargó la mano como queriendo tocarla, ella voló convertida en garza.

-No se preocupe-le dijo el pajarillo que también contemplaba el espectáculo-Ella es la diosa protectora de los perseguidos injustamente y de aquellos valientes que osan desafiar el terror de las tinieblas. Ella posee poderes para transformarse en ave, en palmera, en flor, en lanza y en canciones. También puede tomar la forma de una ola marina y de la brisa fugaz.

-¡Por dios! ¿Y cómo se llama?

-Cada elegido, cada persona que tiene la dicha de verla la nombra a su manera.

-Se me pareció a la luna. A la lunita que nos alumbra cuando tenemos que huir a dormir en el monte o en el cafetal.

-Llámela Lunita, muchacho, Es poético.

Ohmar se quedó pensando y por fin, como quien hace un descubrimiento, gritó alborozado:

-La llamaré Tanilú! ¡Tanilú! Quiere decir luna al revés. Pero hay

una condición y es que ésto sea un secreto entre Tanilú, Ud, y yo.

-Palabra de honor-le respondió el pajarillo.

Una ardilla coquetona que saltaba en las ramas de un árbol cercano sacó a Ohmar de sus recuerdos. Se sentía cansado. Arrancó unos helechos, los colocó en la base de la roca y se acomodó sobre ellos.

Un sueño pesado le fué cerrando los ojos y soñó. Soñó que los Viejitos no eran viejos, sino niños con alas blancas que inútilmente trataban de alzar el vuelo hacia un reino de nubes crepusculares, pero que los nogales que abundan en la finca y la exuberante mata de guadua que crece cerca a la casa se cerraban de tal manera, formando una tupida red verde que les impedía elevarse. El, estaba fuera de la red y quería entrar a jugar con los viejos-niños-alados, más no podía porque la red se oponía a su paso, a la vez que lo instaba con voz cavernosa a marcharse.

-¡Vete, hombre, vete!-le gritaba la red-Vete al mar, a la selva o a la ciudad, Si te quedas un momento más te amarraré para siempre a este lugar y me endargaré de arrugarte tanto que parezcas un nido de comején. Vete o haré que parezcas un espectro. Vete y dale rumbo a tus ilusiones.

Ohmar despertó sobresaltado. Ya entraba la noche y el manto del cielo que caía y bordeaba los filos de la lejana cordillera Oriental, tenía unos tonos amarillos y rojos violentos. Descendió por entre un helechal hasta un sendero que conduce a la casa y camino por él.

Al llegar a un altico donde ere tiempo atrás crecía un aguacate, vió su tronco gastado, pero en la cepa le halló unos retoños y pensó que la vida continúa. Rememoró que en ese sitio, sobre la grama, siendo casi niño, hizo por primera vez el amor, sintiendo bajo su cuerpo tembloroso y asustado el cuerpo suave y ardiente de la prima querida..., la prima querida, mientras sobre sus espaldas descargaba sus rayos el sol bravo de una tarde de verano. Continuó su camino y pensó: Este ha sido un retorno profundo. El tiempo me espolea. Me iré. Tengo dos citas pendientes. Una en el Saldaña donde me espera Elvia, para llevarme a otra, en el páramo, donde me espera El Tío, mi maestro ¡Qué zorro es ese indio!

Llegó a la casa y no latieron los perros. El Viejito, sentado en una perezosa, fumaba tabaco y la anciana se apuraba en la cocina. Pronto los llamó a comer y dirigiéndose a Ohmar, dijo:

-Mijito, le maté la mejor gallina, la más gorda. Tómese todo el caldito. Y tómese el juguito de guayaba que es pura vitamina.

Comieron pan silencio, ritualmente. Las mariposas, salpicadas de muchos colores volaban en torno a la luz de la lámpara de petróleo.

-Con tal que no se nos aparezca una mariposa negra, que vuelen las demás todo lo que quieran-dijo la Viejita.

-Sí, porque las mariposas negras son de muy mal agüero-le respondió el Viejito, y cambiando de conversación le preguntó al hijo:-Bueno, mijo, y sí será que Uds, pueden cambiar este país?

-Si logramos entender a nuestro pueblo podremos cambiar las cosas, para bien de todos, papá. De lo contrario, nos vamos a morir de viejos peleando por ahí en los montes...

-¡Huum! Yo sí que veo las vainas jodidas ¿Tumbar un gobierno? Me parece más fácil abrir la puerta del cielo ¡Ja-ja-ja!

-En otras partes lo han logrado, papá. Llega un momento en que la gente no aguanta más y si hay quien la oriente y le dé fuerza a su inconformidad, no hay gobierno que aguante.

-Yo no hago sino ponerles mechitos a los santos para que los amparen, mijito-dijo la Viejita con cara piadosa.

-Es como hora de buscar las cobijas-dijo el anciano y bostezó.

Ohmar les solicitó una lámpara y fué hasta debajo del entablado de la casa. A rastras llegó al lugar donde tenía enterrado el frasco con el cristal de cuarzo y la medalla de la media luna. Quitó una piedra, extrajo el frasco de la tierra y lo destapó. Acarició los amuletos y se dirigió al cuarto donde tenía la tula. Guardó en ella el cuarzo y la medalla y sacó los colmillos de tigre, relucientes como el marfil. Regresó donde los ancianos y les dijo:

-Viejitos, les voy a dejar un recuerdo. Estos colmillos de tigre. Le traen suerte a los guerreros, a los hombres de acción. Dan fuerza para vivir. ¡Tómenlos!-Puso uno en las manos de la anciana y el otro en las del anciano y añadió+Mañana me voy y cuando regrese los encontraré vivitos porque Uds, son duros como los robles.

-Ya le decía yo, Viejito, que él es como los espíritus sin reposo-dijo la Viejita lamentándose-¿Cuándo volverá?

-El es como el girasol del patio, mija, No se está quieto. Gira y gira. Con las primeras luces del alba Ohmar se despidió de los ancianos. La Viejita que desde hacía rato estaba en la cocina, sacó un paquete y le dijo:

-Tome, mijito, este fiambrecito para el camino. Es gallinita. La maté esta madrugada.

-Y tome, hombre, estos pesitos pa' los cigarrillos-le dijo el Viejo. Caminó loma arriba sintiendo a sus espaldas la mirada, entre dolori-

UN DIA DE SUERTE

El Hombre Alado (y le decían así por la velocidad con que transmitía las noticias cuando siendo niño hacía de estafeta en la época de las guerrillas liberales), venía encantado de la pelota, silbando, y caminaba por el centro de la calle olvidado de gentes y miradas, porque al fin, después de muchos años, Marcelina que siempre se mostró indiferente a sus requerimientos de amor le dió el sí con un beso inesperado que lo dejó aturdido cuando él, cabizbajo y sabiéndose arruinado, salía de la casa de juegos "La Fortuna", donde durante toda la tarde había visto rodar los dados en contrasuerte. La última jugada, la de los últimos pesos lo llevó a decir: Bueno, me queda lo mejor, el honor que nunca perderé.

-Este es mi día de suerte!!- se repetía El Hombre Alado y corría y corría sin evadir el fango. Tengo el amor de Marcelina inatina, Mariaina colorina... y la vida alegre vida. Qué más quiere un hombre-alado-hombre para reír, cantar, amar, triunfar? ¡ja-jaiii!

La noche florecida de luceros y un grupo de niños descalzos seguidos por unos cuantos perros lo acompañaban, mientras él como un niño, fuera de juicio, saltaba y bailaba por las callejuelas de la barriada imaginándose un futuro de felicidad en la ciudad donde montaría, de acuerdo a un viejo plan, la casa de "El triunfo mágico". Allí no habría dados ni cartas ni ruleta ni trampas. No, allí, según pensaba, la suerte estaría en manos de la adivinación.

-La felicidad ja-ja-ja-ja... La adivinación jo-jo-jo-jo-Cantaba y los piquillos le hacían coro.

Cruzó, nadando a brazo partido, el río y corrió a campo traviesa en dirección a la casita blanca donde vivía, rodeada de pájaros cantores y flores de todos los aromas y colores, Carla de las flores. Entretanto, gritaba:

-Marcelina inna, Mariaina colorina, mágica flor pueblerina... ¡Mi Marcelina! La del mirar misterioso y cautivante. La de sonrisa indefinida entre la burla y la caricia. La que se corta las palabras, porque de tanto amarla me cohibo y pierdo todo desenvolvimiento... La que con alma pura, como blancos pétalos de gardenia, llegó con su aroma amorosa para impulsarlo a volar al hombre que ya no tenía más que dos caminos: o empezar de cero o lanzarse por un desfiladero.

-¡Carla de las flores! ¡Carla de las flores! -gritó al llegar a la casita-Viejita forjadora de gallos vencedores y compañera de pájaros soñadores... ¡Viejita!

-Qué te pasa, Hombre Alado? Me suena tu voz a as de ases.

-¡Mi día de suerte, viejita! ¡Traigo el bolsillo vacío y el corazón lleno!

-Si perdiste lo de afuera y ganaste lo de adentro, entonces eres feliz. Marcelina te ha amado siempre; sólo que ella tiene su misterio... Su abuela era la mejor hechicera.

-Nos iremos a la ciudad y montaremos "El triunfo mágico". Sé que pareceremos animales raros allá, pero... hay que buscar la suerte. Acompañenos, viejita.

-No, muchacho, yo me quedo aquí. Vivan Uds, la vida bella y..., enfrenten lo desconocido que es buena razón para vivir.

Nov. 2/84.

LA NOCHE

"La noche se hace larga

en su pesado silencio

y más larga aún con tu recuerdo..."

Escribió O cuando, sin poder conciliar el sueño, se convenció de que no podía seguir dando vueltas en la cama y optó por sentarse frente a La gorda, su máquina de escribir que venía a ser casi su único apoyo en este período de soledad que enfrentaba su vida.

Y escribió esos versos pensando en L, la mujer de los collares.

-Qué obsesión tan poderosa-se decía-, pero ella es mi sueño, mi más maravilloso sueño..., ella es mi fuerza y mi imposible.... Sí, mi

imposible. Quizás por esta razón se ha elevado tan alto en mi mente y ha echado tan hondas raíces en mi corazón ¡Oh, L...L! En más de una ocasión he intentado olvidarte mirándome en los espejos de otros ojos; pero no, tú danzas en mi mente y reinas en mi corazón.

Quisiera ser tu amigo de amigos, así como tú entiendes nuestra relación, mas por encima de todo, rompiendo los códigos de mi voluntad, te impones. Estás en el aire, en la luz y en mis canciones; estás en mis desvelos... Hablo a solas contigo y ¡por dios! que me estremezco y sufro cuando pienso que algo malo pueda ocurrirte, ya que no es difícil que una bala se atravesara en el camino de una guerrillera obligada por las circunstancias políticas a hacer uso en las calles, no de una metralleta si no de la palabra para ganar pueblo y confrontar al enemigo.

"Las luces de la ciudad me llaman

a ~~deambular~~ ^{caminar} sin rumbo,

pero no, no accedo a la invitación.

Sería engañarme.

Mejor me quedo en este cuarto imaginándote

banzante, inquieta, esquivada y misteriosa;
enroscada, sonriente y combativa"

Las teclas de Ba gorda se silenciaron y O se dijo:

-Si pudiera estar junto a tí, L, mi vida tendría el equilibrio; entonces podría gritar ¡Soy un huracán!-O se tomó la cabeza con ambas manos por un momento y volvió a la máquina.

"Temo que sin tí terminaré
convertido en una máquina de guerra...

porque qué haré con mi amor, con mi pasión

si no está la belleza

cerca, cerca, muy cerca ?

No quiero que despierte irascible la bestia.

Ojalá la ternura me salve en tu olvido,

Ojalá la ternura me ayude en tu ausencia!"

Señaron a lo lejos las campanas de una iglesia y sobre la ciudad se extendía una neblina densa.

O, recorriendo de un rincón a otro el dormitorio, fumaba, fumaba.

Nov. 3/84.

SALVAJE

Si su destino hubiera sido otro si Divina, cambio de enamorarme de la ciudad, lo sigue al campo donde él quería sembrar y cosechar una vez de cultivos y niños. Ella fué el amor que encontró en la guerra y nunca ~~se imaginó~~ que lo abandonaría una vez concluída ésta. ~~Divina~~ ^{Divina} era su manantial tembloroso y fresco. ~~Divina~~ Era la flor de sus ternuras.

Cuando ella se alejó con su cabellera larga al viento y acariciando un sueño de luces en sus ojos negros, él sintió que no había caminos y deseó que la guerra, tantas veces maldecida por su boca, no hubiera terminado. Se alejó de la gente y se adentró en la montaña. Se convirtió en un solitario que raras veces aparecía en las casas mostrando sus ropas deshilachadas y una mirada vacía que de un momento a otro lanzaba destellos de violencia. Comenzaron a llamarlo Salvaje.

El día que Nicolás, el curandero, lo halló lanzándole piedrecillas a las serpientes que se asoleaban sobre las piedras del río, Salvaje se enojó con el anciano y le gritó:

-¡Lárguese, viejo metido! ¡Lárguese!

-Lárgarme yo? ¡No, amigo, no! Quien debe largarse de estos montes y no despilfarrar tan infelizmente la vida, la juventud, es Ud. No le da verguenza estar transformado en una piltrafa?

-Es asunto mío!

-Y mío también, ¡Pues a Ud, jovencito lo conozco desde cuando tenía el ombligo verde. Yo lo ayudé a nacer. Era una noche de relámpagos. Ahora, de hoy en adelante, lo ~~ve~~ ayudaré a vivir. Tiene Ud, que sentir de nuevo el fuego de la vida, hijo. No se puede existir, simplemente, como una bestia. A Ud, lo está matando el desamor...

-...El desamor... Divina... Viejo Nicolás, Divina me yeló el alma. Ella se marchó, se esfumó en su olvido y quedé solo... muy solo. No he vuelto a ver otros ojos con su fuego ni otra sonrisa tan acariciante...

-Recorra el mundo humano que nos rodea y sin ir muy lejos hallará Ud, una belleza capaz de destruir a la bestia que lo ha poseído... ¡Anda! No deje que sus ojos continúen convertidos en un vidrio opaco. Busque el calor humano y allí, en medio de tensiones y odios, encontrará la alegría de la vida y el amor. No sea tan terriblemente negativo en la pasión. Por qué morir de desamor? ¡Ay, ^{muchacho!} ~~muñeco!~~ Dentro de unos años sentirá Ud, con profunda pena, el tiempo que ha despilfarrado tercamente.

-Nicolás! Me hace dudar Ud, Me hace dudar.

-Intente salvarse, Salvaje. No sea imbécil.

-¡Lo intentaré!

Pasados unos días, en la ventana del cuarto donde dormía Isabel, ~~maestra~~ maestra de la escuela y muchacha de encantadores atributos, comenzaron a aparecer ramos de flores silvestres y en las noches, desde el monte y cada vez más cerca a la escuela, cortaba los aires un cantar.

-Quién será mi enamorado?-preguntaba Isabel a unos y otros.

-De seguro es Salvaje-le ~~Responde~~ ^{Responde} No puede ser nadie más.

-Quisiera conocerlo. No tiene buena voz, pero canta con pasión. Debe ser un hombre muy cariñoso. Por qué su soledad?

-Si lo viera se moriría del susto, señorita. Es un gorila-dijo alguien.

-No lo creo!- ^{exclamó} Isabel.

Pasó el tiempo e Isabel pudo ver a Salvaje, la contemplaba desde lo alto de un risco, cuando ella se marchaba con destino a la ciudad.

Se miraron largo y fijamente, sin palabras. Cuando ella se perdía en la lejanía del camino, escuchó un grito:

-¡Isabeeeel! ¡Vuelveee...!

-¡Volverééé! ¡Salvaje! ¡Volverééé!

-Hay esperanza de sol en las noches de luna, por dios-murmuró Salvaje y caminó lentamente en dirección a la espesura.

LA PROMESA DE AMOR

Katy, que poseía esa belleza virginal de las flores hortazanas, se quedó esperando a Toño en el fondo de la selva. Era su medio. Allí creció, allí tenía su familia y su mundo era el de los colonos. Confiaba en la promesa del hombre amado con esa ingenuidad propia del primer amor. Mil veces recorrió los senderos por donde caminaron tomados de la mano y día tras día fué al remanso a soñar y recordar las palabras amorosas que él le susurraba y que le llegaban al oído con el timbre acompasado de los versos. Lo veía en los espejos temblorosos del agua y en más de una ocasión intentó lanzarse al río en persecución de su visión.

-¡Lo esperaré!- se decía-El me hablaba con sinceridad ¡Lo esperaré! Toño, con esa decisión de los rebeldes, caminó horas y horas a través de la selva para llegar a tiempo al llamado del deber. Entretanto, recordaba a su Katy... Sus ojos negros que lo aprisionaban... Sus labios frescos... La suavidad de su voz... No se imaginaba que los acontecimientos y las determinaciones superiores echarían a pique sus planes, sus promesas y que nunca más vería a la dueña de su corazón. La amaba con tanta delicadeza que siempre la acarició como acariciamos los pétalos de una flor. Sin maltratarlos. Su pasión por ella no tenía ni un tinte de violencia; se amparaba en la ternura, en el candor.

Pasaron los días, pasaron los meses y cada día una nueva misión de guerra lo alejaba más y más de esa selva idílica donde una tarde, entre la penumbra, la conoció y lo deslumbró. Le era imposible regresar a buscarla porque la guerra es como un río embravecido que arrastra despiadadamente a quienes caen en su corriente.

-Katy de mi vida... Mi niña trigueña... Mi más puro sentimiento- se decía en los momentos de reposo y en las noches de añoranza; ya bajo el azote de la lluvia, ya bajo el fuego de los mosquitos-¡Katy! Bien podría-

podría regresar a tus cálidos brazos...y extasiarme por siempre ante tus ojos...y fundirme en tu cuerpo, Me harías muy feliz, mi amor... pero eso sería cobardía, deserción. No puedo manchar este amor con la marca del desertor ¡No!

¡El tiempo! El tiempo largo que nos trae ilusiones, desesperos, realizaciones y desengaños, convenció a Katy de que todo había sido un sueño. La visión de Toño en los espejos temblorosos del agua fué haciéndose imperceptiblemente borrosa y un buen día se retrató en el remanso un joven cazador. *Trata* en sus brazos, con el mayor cuidado, un crío de venado y fuego en el corazón.

A Toño, que como buen guerrillero se jugaba el destino en marchas y combates, la cruda realidad le fué enseñando, aún contra su voluntad, que en la vida hay muchas cosas pasajeras. Poco a poco Katy se tornó en un bello recuerdo y unos ojos de mar y cielo tuvieron asomos de realidad en los ojos del guerrero.

Dic. 24/84

UN CORAZON GIGANTE.

La noche era fresca y unos cuantos luceros le comunicaban su luz parpadeante al universo. La brisa, como una niña alocada, correteaba por las calles violando, sonriente, las señales de tránsito; y las luces de la ciudad que estaban apacibles, de pronto, como si las hiriera el frío, comenzaron a temblar, a hacer setilantes.

Sus miles de ojos amarillos se buscaron y como impulsadas por un mismo pensamiento todas las bombillas volaron, aún las de los barrios más lejanos, a un sitio común, el parque central, donde abundan en las horas del día los emboladores y las pajaritas corraleras, y allí se integraron en un inmenso globo color rojo-blanco de fuego. El globo batió alas en dirección al cerro Terrón Colorado donde viven miles de familias y donde abundan las flores y los niños, pero escasean la leche y el agua.

Terrón Colorado es un gigante de piedra y permanece con la garganta tostada de sed. El se da a sus moradores infundiéndoles la certeza de que las miles de viviendas que han construido sobre su musculatura de roca son su piel y nada podrá desbarrancarlas.

Terrón Colorado que ríe, canta, llora, sueña y danza con sus pobladores, siente inmensa satisfacción cuando ellos, incluyendo las cabras, los gatos, los perros y los pájaros, miran un profundo y ancho horizonte que pasando por la ciudad, el valle de cañaduzales y el río Cauca, rompe con alas de vuelo infinito los soberbios filos de la cordillera Central. En las madrugadas, el primer palpitar de alegría se oye con su canto de triunfo los gallos finos. Ese canto despierta en él la inconformidad ante la sequía y la hambruna y siente que en el fondo de su ser, allá en la profunda tierra, late, cada día con más fuerza, un corazón que en las noches se agiganta, conspirador, y pugna por salir a acariciar a los niños, a contemplar la luna, a soñar con el sol, a besar una flor y a jugarse, a vida o muerte, una partida del lado de las alboradas. El globo rojo-blanco de fuego vuela noche tras noche a Terrón Colorado porque quiere alumbrar el nacimiento de ese amoroso, soñador y jugador corazón gigante.

Marzo de 1.985.

La Tarulla.

Todo, hasta el deseo de regresar a la ciudad a jugarle gambetas a los carros en las avenidas mientras lo aturdira el ruido de mi pitos, desapareció en las oscuras aguas del río, menos la Tarulla.

También se esfumó la visión de unos ojos de cielo claro y se enfrió en el tiempo el fuego de unos labios que prometían la eternidad. El lodo químico envolvió la nostalgia del primer amor y la desmoronó igual que a las escamas plateadas de los peces, el croar de las ranas y las plantas acuáticas y ribereñas.

El aire fresco le abandonó el espacio a un vaho pesado y pestilente. El polen buscó otros surcos donde sembrar aromas y las ovejas, desde las lomas erosionadas y rojas, dejaban escapar agudos balidos de añoranza que le herían los oídos y le arrancaban largos suspiros de tristeza. Revivía, entonces, las imágenes de desolación que le retrataba el abuelo cuando se soltaba a hablarle, al calor de la hoguera, durante las noches frías, de la Guerra de los Mil Días, y se decía mirando la soledad aplastante: Esta es otra guerra y el muerto más muerto de todos es el río.

Extendía la mirada hasta allá donde se rompen los filos de la cordillera contra el cielo y veía que los pájaros, en bandadas, desgranaban sobre la tierra una lluvia de plumas doradas por el sol. Caminaba con sigilo de tigre hasta el río y allí, sobre las aguas negras, veía la Tarulla de pétalos vivos, temblorosos y lila, resistiendo como por encanto el asedio demoledor de los desechos industriales.

Las piedras, antes blancas, como vencidas por el tiempo se tornaron cenizas y las mariposas se fueron pegadas a los hombros de la gente. Ya no le era posible pescar mojarritas plateadas porque todas habían muerto asfixiadas y la muchacha de ojos de cielo claro se había oscurecido en el pasado y hasta su nombre, Aslidey, Lydasie, Dysalei, se le había desmoronado, letra por letra, debido a tanta ausencia. Tampoco podía hablar con el río porque su voz, rumor musical, se fue volviendo cada vez más ronca e ininteligible hasta que enmudeció. Eran la Tarulla, unas cuantas ovejas flacas y lloronas y él en un desierto.

La ciudad, con su soledad en medio de tanta gente, su estrechez, sus afanes y sus ruidos, estaba muy lejos de su devoción y no lo tentaba la idea de largarse a buscar vida en tierra ajena.

Se aferró a la creencia de que mientras la Tarulla conservara su belleza sobre el lodo, su temblor de niña virgen y su diafanidad

bajo el sol, no se marchitarían sus sueños que últimamente, ~~qu~~ más cansados de los males de la tierra, lo arrastraban por las rutas infinitas del espacio donde a sus anchas hacía mil piruetas de payaso que hacían reír de risa a las ovejitas y luego, volando y volando llegaba hasta la luna, se sentaba en su vientre, encendía un tabaco, se leía el destino en su ceniza, reía, y calmadamente, sacaba su anzuelo de la mochila y se dedicaba a pescar luceros para hacerle un collar, un bonito collar astral, a la Tarulla.

Afranio Parra G.

Diciembre 19-85

LA NIÑA DE LOS OJOS BLANCOS.

La Historia Oral de aquel pueblo vió que el último acontecimiento era la Peste de los Genocidios y conmovida lo guardó en su memoria de milenios. La tragedia era el hilo conductor de sus relatos desde mucho tiempo atrás. Podía sentarse sobre un tronco y hablarle a la generación presente, durante horas y horas, de cientos de tragedias y a menudo lo hacía; pero siempre, entre tragedia y tragedia recalaba que hubo una época distinta:

Eran aquellos tiempos cuando en el país reinaba la Niña de los Ojos Blancos obedeciendo los dictados del pueblo. Por aquel entonces, los humanos vivían desnudos y el mayor orgullo de las personas era mostrar el alma; y la condecoración más honrosa era la Medalla Transparente, tallada en finos cristales de cuarzo. Esta condecoración la otorgaba la comunidad, por intermedio de la Niña de los Ojos Blancos, a sus servidores más destacados en cualquier actividad material o espiritual. La envidia y la avaricia eran males desconocidos y nadie se mataba por el oro; tampoco por las esmeraldas. No se había descubierto la zancadilla y como nadie andaba vestido, no existía la corbata.

Los casos de infracción a las normas vigentes eran discutidos concienzudamente en asambleas donde participaban a veces aldeas completas y en consejo de ancianos, no tanto para ver cómo castigar al infractor sino para buscar correctivos en bien de la convivencia general; pues tenían por ley que eliminando las causas de un mal, eliminaban sus agentes.

Existía el pleno derecho a la sinrazón y para estimularla, en todo el país realizaban permanentemente concursos donde chicos y grandes exponían sus ideas y sus obras, no importa cuán alocadas fueran. Lo determinante era darle rienda suelta a la imaginación y buscar en cada laberinto de locura el hilito de luz que orientara una ventana al sol.

Ese mundo armonioso, contaba la Historia Oral, ese oasis, tuvo su día aciago.

De tierras ignoradas por el país de la Niña de los Ojos Blancos arribaron gritando el lema "Sumisión o Exterminio" los Hombres Vestidos, ocultando el alma tras pesados escudos y gruesas corazas.

El signo de sus ojos era la ambición de poder y riquezas. Para ellos el humano más valía cuanto más fino vestido usara, cuanto más ricas joyas lo cubrieran y cuanto más dura coraza le ocultara el alma.

Su misión era apoderarse del país de la Niña de los Ojos Blancos y para cumplir su cometido se valieron de la mentira, la compra de conciencias, la estafa, el suplicio, el asesinato, el genocidio, el incendio....., y dejemos por ahí. Por donde quiera que pasaban sus pasos dejaban una mancha de desolación y sangre. Eran fuertes y hábiles y lograron apoderarse del país. Lo que vino posteriormente, fué un saqueo inenarrable y la violentación y prohibición de todas las normas de vida vigentes en la tierra de la Niña de los Ojos de Blancos.

El nuevo código les prohibía a los nativos hablar como antes, so pena de cortarles la lengua. Les prohibía pensar como antes, so pena de cortarles la cabeza y les prohibía vivir desnudos mostrando el alma, so pena de llevarles de cuerpo entero a la hoguera.

Todos los nativos, según la nueva disposición, debían andar con la cabeza agachada y sólo aquellos que se pusieran al lado de los nuevos gobernantes, podían medio levantar la cabeza y mirar el sol de reojo.

Comenzaron a tomar vigencia los dichos "/Sálvese quien pueda", "El que no llora no mama", "La ley es pa' los dde ruana", "A los malos tiempos buena cara" y el principio "Primero yo, segundo yo, tercero yo" ocupó lugar prominente.

La Niña de los Ojos Blancos fué, de entonces acá, el ser más perseguido.

Los Hombres Vestidos la condenaron a la hoguera y estuvieron a punto de ver realizado su crimen. Mas cuando ya la pira ardía y la pequeña que con un estoicismo y una dignidad impresionantes enfrentaba el sacrificio sintió que las lenguas de fuego le quemaban las pestañas, sucedió que le salieron alas blancas como sus ojos y alzó vuelo.

Hay quienes creen que se atomizó en el aire o que se ahogó en el océano o que se perdió en la extensa selva y fué bocado sabroso para las fieras. Otros dicen que murió cuando abanderaba al pueblo en una insurrección. Pero no. Quienes piensan así son los pusilánimes. La Niña de los Ojos Blancos ha recorrido los siglos de mano en mano, de gruta en gruta, de choza en choza, de secreto en secreto, de sendero en sendero...., y son tantos los sitios donde ha estado ayudada por el laberinto humano de su pueblo, que todo mundo sabe que está viva, pero todo mundo termina por perderle el rastro. Lo real es que el pueblo la necesita y que se valdrá de mil artificios, de eso no hay duda para llevarla a su...

LA MAORI

Vivió enamorado de ella por mucho tiempo, Quizás toda la vida.

Sus ojos fijos y profundos que se perdían como en un pasado indescifrable,oloroso a misterio y religión, le taladraban el alma. Su sonrisa insinuada lo retaba; y en sus senos vírgenes veía apetitosas frutas.

Sonaba que si pudiera atracerla a sus brazos volcaría en ella toda la dulzura y toda la rabia contenidas en la larga y desesperante contemplación de los años. Pensaba que en ella llegaría al extremo de dejar de ser; pero que a su vez en ella y por ella hallaría el renacer.

Cuando un día, cosa de costumbre en él, a falta de trabajo en el taller, se entretuvo leyendo una revista, grande fué su sorpresa: Dueña de toda una página parecía viva en la fuerza de los colores. En la base de la hoja el título del cuadro: Senos y flores rojas. A continuación el nombre del autor: Paul Gauguin. Leyó con avidez dos páginas de la revista dedicadas a la vida de Gauguin y quedó bastante tocado de la sensibilidad, la aventura y la pasión por la pintura

del pintor. Se dió cuenta que la muchacha del cuadro era una maorí, natural de Tahití y que la obra original databa de casi ochenta años atrás.

Esa noche no durmió pensando y repensando y mirando, esquivando y remirando el cuadro que colgaba en la pared, frente a la cabecera de la cama. Se repetía: "estoy enamorado de una mujer que si viviera tendría cerca de cien años de edad !Dios mío!"

Lo acosó la necesidad de conocer a fondo la vida de Gauguin y poco a poco, fué acumulando libros sobre el pintor. Las láminas de sus pinturas desplazaron los afiches de artistas de cine, futbolistas, ciclistas y reinas de belleza que llenaban las paredes de su cuarto. En el fondo de su ser una fuerza lo impulsaba

a pintar y recordaba con sonrisa irónica que en la escuela y en el colegio el dibujo, la urbanidad y las matemáticas ~~manuales~~ le llamaban la atención y que precisamente por ellas quedó fuera de combate en el curso segundo de bachillerato terminando de aprendiz en un taller de mecánica.

Lápices, colores, tinta china, plumillas, pinceles, manuales de dibujo y pintura, papel bond, cartulinas, acuarelas, telas y biograffias de pintores fueron llenando espacios en su habitación ~~el tiempo de las noches la era usada para trazar líneas, mezclar colores y descubrir el mundo secreto de los pinceles, como si en la pasión por la y las horas de las noches se le iban sin sentir las,~~ trazando líneas, mezclando colores y descubriendo ese mundo secreto de los pinceles, como si en la pasión por la pintura el tiempo no existiera y sólo contarán las imágenes y lo que queda del insomnio y la embriaguez del pincel y el color.

La obsesión de sus cuadros era la maorí y la pintó infinidad de veces en medio de los más diversos paisajes, pero nunca se sintió satisfecho de sus obras.

Por más que lo intentó le fué imposible captar en su pincel el enigma de esos ojos.

Sus labios nunca se le entregaron plenamente. Ya le quedaban demasiado pálidos, ya muy rígidos, ya con una sonrisa muy abierta, y la sonrisa de ella era una insinuación.

Logró pintar a perfección su cabellera castaño oscuro, con reflejos de sol, y ese día lloró de alegría.

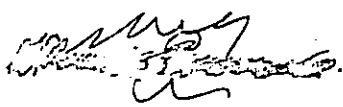
Llegó a pincelar con maestría sus ansiados senos vírgenes y esa noche corrió como loco hasta el bar El Danuvio y bebió, en un brindis solitario, copa tras copa de aguardiente.

El día que pintó, pétalo a pétalo, las flores rojas que ella sostenía en sus manos delicadas llegó a sentirles el aroma y salió al pasi-trote para la Calle de las Flores con la intención de comprar todas las flores. Calle

El impacto que recibió al verla sentada detrás de unos ramilletes de gladiolos y claveles lo dejó boqui-abierto y sin respiración.

-¡Dios! Puede ser posible un imposible?-exclamó cuando recuperó sus facultades, la mirada fija en ella.
-Qué le pasa, señor? Qué le ocurre?-le preguntó, acostada, la adolescente.
-No...yo...flores...!la maorí!
-Flores? Sí, señor. A cincuenta pesos la docena de gladiolos y a cinco positos el clavel. Maoríes no hay, no las conozco.-le respondió ella, con una sonrisa insinuada.
-Quién eres? Cómo te llamas, niña?
-Soy Rosalinda, a sus órdenes. Pero me dicen La Paralítica de La Calle de las Flores. ¡Vea mis muletas!
-¡Oh, Dios! ¡No es justo!-exclamó el pintor moviendo compungido la cabeza. Desde entonces, no volvió a mirar el cuadro de la maorí que se destiñó enmohecido por el tiempo, y a cambio, continuó yendo todos los días de su vida a conversar con Rosalinda y a pintar motivos en La Calle de las Flores.

Agosto 7-86.



EN BUSCA DE LA PIEL.

Era un pueblo de tigres y leones pobres .Tan pobres como la antaño activa familia de los cóndores que dejó de existir por un mandato de "tierra arrasada y ley de fuga" dictado por los hombres.

Eran tan pobres los tigres y los leones que parecían minifundistas llenos de hijos y cultivadores de fique en tierra estéril.

Eran tan pobres que ya no tenían piel sobre los huesos de tanto lamérsela los unos a los otros. Vivían secos de sed y sin saliva porque a gotas de saliva le toreaban la sed- el hambre a sus cachorros.

Las hembras, en reunión de comadres, decidieron cerrarles la puerta de entrada a sus entrañas y los tigres y los leones, preocupados, observaban cómo disminuía la prole y se quebraban la cabeza imaginándose mil ardidés para incendiar el deseo en sus hembras, pero ellas no querían más cachorros.

-Para qué ?-decían. Y ellas mismas respondían;-Los próximos críos nacerían sin piel y Uds, se sentirían burlados, deshonrados.

Apesadumbrados, los tigres y los leones, pasaban los días mascando reproches, con la mirada fija en el vacío.

En las noches prendían el televisor del cielo para ver cuál era la estrella del septimo arte espacial más rutilante,

cuál la más fugaz

y se quedaban lelos contemplando el sexo de la luna,

se metían en su bosque

y eran como un río que se desagua.

Un día, cuando ya no había sol ni lluvia, las leonas y las tigresas alborotaron a chicos y grandes con sus rugidos:

-!Alabado sea el sol! !Bendito sea el Río! Ya sabemos cómo recuperar la piel...! Comamos carne humana!

Los leones y los tigres, sonrientes, afilaron las garras.

LA PIPA DE LA PAZ.

Llevaban muchos años en guerra y decidieron buscar un acuerdo.

Se encontraron en zona neutral y el mediador llenó la pipa con migajas de tabaco. La mostró solemnemente a cada uno de los bandos y luego sacó la yasca e hizo fuego.

Aspiró la pipa una, dos, tres veces y nada que salía humo.

Los jefes contendientes se miraron con desconfianza y tensos, clavaron los ojos en el mediador.

El mediador le pasó la pipa a uno de los jefes.

Este la chupó con fuerza en varias ocasiones, hasta casi perder el aliento y nada que salía humo.

La pipa, por intermedio del mediador, pasó a manos del otro jefe que con aire orgulloso y dilatando su musculoso pecho la aspiró tantas veces como se lo permitió el resuello y nada que salía humo.

La pipa no funcionó. Manos agazapadas la habían obstruido.

Los jefes rivales se miraron con ojos de fuego.

El jefe mediador se sintió como caminando entre brasas y se alejó a paso ligero.

Los tambores de guerra sonaron con más fuerza.

Ag. 29-86.

EL AMOR NO ES UN JUEGO.

Estas eran las sabias palabras del oso; "La mejor época para descansar, dormir y regocijarse en el amor es el invierno, siempre y cuando, precavidos, hayamos almacenado bastante leña para alimentar el fuego, bastante carne ahumada y bastante pescado seco."

Pero los amantes, cautivos como estaban de su amor y engolosinados inventando cada día y cada noche un nuevo juego erótico, no pusieron muchos oídos a los consejos del plantígrado. Almacenaron pocos alimentos.

Llegó el invierno, terrible, con esa blancura hiriente de la nieve y los amantes, poseídos de un ardor desenfrenado, no se daban tregua ni reposo.

Transcurridas unas semanas comenzaron a sentir sus cuerpos cada vez más fríos. Ella se puso ojeroza y flaca. El, pálido y desgarrado. Sus cerebros cesaron de inventar nudos, caricias y acrobacias y sus ejercicios, pausada e inadvertidamente, desaparecieron.

Los amantes analizaron su penosa situación y resolvieron que como no tenían fuerzas para hacer el amor y los acosaba el hambre, lo más inteligente y humano era dejar transcurrir el resto del invierno mirándose sin tocarse y que sólo se acercarian para compartir, una vez por día, unos cuantos bocados de los pocos alimentos que aún les quedaban.

Una vez ido el invierno, los amantes, tomados de la mano y tambaleantes, salieron a beber la luz del sol.

El oso que los observaba desde un altozano les gritó:

El amor no es sólo un juego, muchachos. Exige mucho trabajo.

-!El amor... el amor!-dijeron al unísono los amantes-El amor es una fruta, un rayo de sol, el invierno, una gota de agua..., y nosotros, el uno para el otro, sin que podamos ocultarnos un secreto. No lo resistirían nuestras miradas.

Recorrieron el bosque buscando qué comer. Extrajeron de la tierra jugosos tubérculos y a medida que saciaban el hambre un cosquilleo afiebrado les invadía, poro a poro. Cayeron sobre la yerba trezados en besos, caricias y susurros.

-Todo vuelve a ser como la primera vez-*di* musitó ella.

-Y como la última-agregó él.

El oso que les había seguido los pasos, paró en seco. Dió media vuelta e inició marcha atrás.

-!No tienen remedio! Son un caso perdido!-exclamó, sacudiendo negativamente la cabeza.

60
LAS BAILARINAS.

(A MILAY)

Antes de los siglos y mucho antes de que el hombre existiera en este mundo las bailarinas ya estaban en el cielo. Eran la alegría de su padre el Sol y de su madre la Luna, pero también les causaban serias preocupaciones y penas porque acostumbraban irse por el espacio como estrellas fugaces sin tener en cuenta que en el universo abundan los insaciables Huecos Negros que todo lo devoran y que la Vía Láctea, gran serpiente entre serpientes, vivía al acecho de cuanta estrellita se cruzara en su camino para capturarla y encerrarla en su vientre.

La Vía Láctea lograba sus propósitos atrayéndolas con el silbido embelesador de una flauta hecha con pentagramas de viento. Ella no odiaba a las bailarinas y no se las tragaba por hambre sino por envidia y celos. De una parte quería tener niñas que alegraran su casa y de otra, estaba locamente enamorada del Sol y odiaba a la Luna. Calculaba que robándoles las hijas haría envejecer y morir de tristeza a la Luna y así, sin una rival de por medio, el Sol se vería obligado a arrastrarle el ala.

Una vez capturó tantas estrellas que sólo quedó libre la Estrella Matutina. Esta niña se salvó porque a pesar de ser amiga inseparable de la Aventura no compartía las odiseas de sus hermanas. Ella también viajaba por un mundo sin límites y de desenlaces inciertos; un mundo que a veces la desgarraba de dolor y angustia y a veces la hacía estallar en explosiones de felicidad. Era el mundo de los cuentos, las novelas y los poemas. Ese mundo era desconocido para la Gran Serpiente.

El Sol y la Luna lloraron y lloraron a sus hijas. Desgranaron tantas lágrimas que hubo un diluvio y se formaron las lagunas, los ríos y los océanos. La Estrella Matutina sufría al igual que sus padres. Sus poemas eran un canto a la Soledad. Sus novelas no tenían final feliz y sus cuentos desembocaban en incógnitas, encrucijadas e incertidumbre. Por aquel entonces escribió las primeras tragedias de que se tiene noción. Sus protagonistas eran seres imaginarios que por esas paradojas del destino existieron miles de años después acá en la Tierra. Una de esas obras titulaba "ATAHUALPA, MOC-
TEZUMA, GUATIMOZIN Y LAS HIJAS DEL SOL". El Sol guardaba esta obra como un tesoro y según parece se la regaló a Cleopatra, la faraona egipcia, cuando ella le ofrendó las primeras gotas de sangre de su flor. La obra tuvo un final-final trágico pues fué destruída cuando las legiones de Julio César, el em-
perador romano, en--
emperador romano, en su afán de conquista, incendiaron la fa-->

mosa biblioteca de Alejandría
~~mosa biblioteca de Alejandría~~

La Estrella Matutina no se resignaba a vivir tan sola en el espacio y les propuso a sus padres:

-No tengo ni idea cómo se las van a ingeniar Uds, pero tienen que darme nuevas hermanitas. Cuando nazcan átenlas al extremo de sus rayos; así podrán bailar, brilar y teilar pero vigiladas y alejadas de las fauces de la Vía Láctea. Yo sé que mis hermanas se aventuraban tan lejos era buscando que alguien las admirara, pues ~~nos~~ nos gusta que nos admiren. Para que no tengan que ir a buscar admiradores dñles el don de las hechiceras.

-Qué es eso de hechiceras?-le preguntó la Luna.

-¡Ay, Madre! La hechicera es una bailarina que me inventé en una de mis tragedias. Ella tiene el poder de hipnotizar. Atrae todas las miradas con sus movimientos. Su danza subyuga, cautiva.

Revitalizados por las palabras de su hija, el Sol y la Luna tejieron un inmenso manto negro, la Noche, porque antes todo era luz, y bajo éste manto se ocultaron a hacer el amor. Nacieron muchas niñas. Las que estaban atadas a los rayos del padre son los astros y las que estaban atadas a los rayos de la madre son los planetas. Aquellas estrellas que desatendiendo las instrucciones de sus padres se desataban se convertían en cometas y asteroides y generalmente, desaparecían para siempre en un Hueco Negro o eran atraídas por el silbido de la Gran Serpiente.

Tanto era el empeño de la Vía Láctea en causarle daño a la familia del Sol que una vez hizo una incursión punitiva e hirió a la Luna en el rostro dejándola marcada de por vida. La golpeó con tal fuerza que la Luna aún sangra mensualmente. No la mató gracias a que el Sol llegó a tiempo para evitarlo. En otra ocasión contrató los servicios del Hueco Negro más fornido que había en el espacio para que raptara y violara a la Estrella Matutina. El universo asistió a la batalla más violenta y prolongada jamás vista. Vestido de luz y sombra, como si fuera una anticipación del jaguar, el Sol salió al campo de batalla dispuesto a jugarse todas las cartas de la baraja por su hija. El Hueco Negro venía dispuesto a hacer lo que fuera con tal de raptar y violar a su antojo a tan hermosa niña. Se enfrentaban los dos gladiadores más de descomunales. Hubo incendios y glaciaciones, sismos y maremotos, eclipses...; el Sol salió victorioso. Con una de sus espadas de fuego le abrió el vientre al Hueco Negro matándolo y de paso, dándole libertad a las Nebulosas. El Hueco Negro a lo largo de su existencia había devorado muchas, pero muchas Nebulosas.

Un día la Estrella Matutina le comentó a su padre que había soñado un plan para rescatar a sus hermanas prisioneras en el vientre de la Vía Láctea.

-¿Qué idea tienes, hija?-le preguntó el Sol.

-Padre, tuve un sueño. Soñé que había dado a luz, pero cuando vi a mi hijo él no era una estrella. Era un ser que se transformaba, nunca antes visto; unas veces caminaba en dos pies, otras en cuatro; unas veces hablaba y otras rugía. Por momentos me miraba con una ternura cautivante y al instante lo hacía con una violencia que me causaba espanto. Sus manos podían ser suaves y cosquilleantes o garras hirientes; me lamía la piel con cariño a la vez que me mostraba unos colmillos fieros. Su color era como-tu-ve- de luz y sombra, igual al tuyo cuando vas a la guerra. Era ágil como tus rayos y dueño de mucha fuerza. Yo sólo sabía que era mi hijo y me sentía como en una pesadilla. El chupó la leche de mis senos y luego me dijo:

-¡Madre! Soy el Payé, el Hombre-Jaguar. Vivo en una región que llamamos Tierra. Es bella la Tierra. También me dicen el Chamán. Soy el primer astronauta porque los otros astronautas, esos que van a viajar por el hondo espacio valiéndose de las máquinas, aún no existen. Ellos vendrán cuando crezcan los siglos. Mi maloca está rodeada de frondosos y floridos árboles y Taita Sol me hizo cuando te tocó con su cuarzo cristal. Yo también tengo un cristal, un cristal de cuarzo. Soy el primer astronauta y puedo entrar subrepticamente al vientre de la Gran Anaconda. En la Tierra hay anacondas, pero es mucho más grande la Vía Láctea, esa sí que es una Anaconda. Dame más miel de tu pecho y te diré cómo es el vientre de la Gran Anaconda ¡Aaah!, allí residen todos los colores; es como ver muchos arco iris entrelazados y en medio de ellos, en medio de ellos, danzan multitud de bailarinas vírgenes. Allí hay aves como las quieras y cantan de mil maneras. La música lo embelesa a uno. Yo quiero una bailarina virgen. Ellas son tan bellas como tú, Madre. Yo quiero una bailarina virgen para tocarla con mi cuarzo.

Le pregunté cómo podría yo entrar al vientre de la Anaconda sin que me descubriera y me respondió que yo no podría entrar, pero que a él le era fácil pues poseía un elixir que lo volvía invisible o lo transformaba en jaguar o en cualquier cosa que él deseara. Dicho esto desapareció.

-¡Extraño sueño! ¡Extraño sueño!-exclamó el Sol.

-Si existiera ese payé, ese mi hijo, rescataríamos a mis hermanas-dijo en tono ansioso la Estrella Matutina.

-¡Lo crearemos, hija! ¡Lo crearemos!-respondió el Sol con imperio. Guardó un silencio meditativo por un momento y agregó-Crearemos el Chamán, el Hombre-Jaguar, el Brujo, pero aquí no es posible. Tendremos que ir al Mundo Verde y obtener el secreto del Agua y el secreto de los Árboles. Sólo tú

que posees el don onírico y encantas con la imaginación lograrás que el Agua y los Arboles te den esos secretos. Yo haré lo demás, hija mía.

Fué así como nacieron el primer hombre y el primer jaguar. Eran un payé.

El Payé escuchaba mucho la voz de los árboles y éstos le dieron la poción mágica que lo transformaba en muchas cosas, menos en agua.

El Sol lanzó un rayo sobre la tierra y éste al caer le abrió la boca al volcán. Luego se transformó en cristal de cuarzo.

-¡Recoge el cristal!- tronó el Sol al oído del payé- ¡Recógelo y llévalo por siempre contigo! ¡Es mi energía! ¡A través de él podrás ver más allá! ¡Ese cristal es vital o mortal, todo depende del uso que le des! ¡Ahora sube a la Vía Láctea y tráeme a mis hijas!

El Payé llenó un calabazo con poción mágica; bebió lo suficiente como para hacerse invisible y con el sobrante se elevó hasta la Gran Anaconda. Entró en su vientre, se paró en su centro, ahí donde queda el ombligo y llamó a las bailarinas:

-¡Pronto, vengan, vámonos! Ya es hora de que regresen donde Taita Sol, Abuela Luna y Mamá Estrella Matutina.

Miles de estrellas se alistaron para salir, pero otras miles se opusieron porque deseaban continuar viviendo embelesadas por la flauta de la Vía Láctea. Es más, aceptaban que se fueran sus hermanas a condición de que el Payé se quedara admirándolas.

El Payé, hecho jaguar, rugió, les enseñó los colmillos y sus poderosas garras y se abrió paso a la vez que les prometía que regresaría de cuando en cuando a admirarlas. Vació la poción mágica de su calabazo en el vientre de la Anaconda y ésta vomitó el Arco Iris. Deslizándose sobre él bajaron el Payé y las bailarinas.

Todos los días, al caer la tarde, el Payé iba al río a escuchar sus consejos y a bañarse. Antes de entrar al agua colocaba el calabacito, los tabacos y el cuarzo sobre la arena. Una bailarina que lo espiaba vió el cuarzo y lo tomó en sus manos. Lo examinó con curiosidad y sintió que era quemante. Su calor se le introducía en el cuerpo produciéndole un cosquilleo y un placer indescriptibles. A partir de ese día fué todas las tardes al río a acariciar el cuarzo mientras el Payé se bañaba y bajaba hasta las aguas más profundas a hablar con los peces y las anacondas que le traían mensajes de remotos mundos. La bailarina comenzó a engordar más y más y tuvo un hijo. Ella fué la primera mujer sobre la Tierra.

La mujer le confió el secreto de sus juegos con el cuarzo a una hermana y ésta gozó en la playa y le pasó el secreto a otra; esa también se divirtió

64

y se lo contó a la de más allá que también gozó mucho con el cuarzo..., Muchas bailarinas terminaron yendo a divertirse con el cuarzo y muchas de ellas engordaron y tuvieron hijos. El Payé al fin las descubrió, pero se hizo el de la vista gorda. Le parecía muy bueno el juego de las bailarinas y decidió ir al río no una sino tres veces al día. El vivía muy contento.

El Sol y la Estrella Matutina esperaron un tiempo prudente y el Payé no regresaba con las bailarinas. Ellos sabían qué estaba ocurriendo en la Tierra. Veían a las bailarinas en sus éxtasis cuando acariciaban el cuarzo y veían la complacencia y la dicha del Payé. La Luna no sabía nada. Ni siquiera se imaginaba que en la Tierra existiera un Payé tan dichoso. Eso era un secreto entre el Sol y la Estrella Matutina.

-¡Tráeme a mis hijas!-le tronó el Sol un día al Payé.

-¡No, Taita, no quieren irse!-le respondió el Payé.

-¡No es verdad! ¡Tú las tienes engolosinadas!-gritó el padre.

-¡Yo las quiero y qué!-contestó el hijo con altanería.

-¡Y a tienes bastantes bailarinas que te han dado hijos, tráeme las demás!

-¡Taita! ¡Las quiero todas para mi cuarzo!

-¡Te castigaré! ¡Te partiré en dos-rugió el sol-Una parte tuya vivirá en la selva-rugiendo- vagará rugiendo por la selva y la otra vivirá en casa, envejeciendo. Sólo podrás unir tus partes para bien de la maloca y sus moradores y cuando subas a la Vía Láctea a traerme estrellas. De hoy en adelante tendrás que enfrentarte al Tiempo. Las bailarinas que no han acariciado tu cuarzo no serán tuyas. Ellas serán mariposas, abejas, flores y aves cantoras para el adorno de la Tierra y alegría de nuestros ojos.

ABRIL-88